

césar calvo

DES
TAL
PARA
NADIE

in

pedestal para nadie

AÑO DE LA MUJER PERUANA

© *de esta edición*

Instituto Nacional de Cultura

Ancash 390

Lima 1, Perú

Carátula: Octavio Santa Cruz

pedestal para nadie

césar calvo

prólogo:

alberto escobar

**instituto nacional de cultura
lima - 1975**

prólogo

EL VERTIGO DE LA PALABRA

Ya es sabido que a fines de los años cincuenta asomaba una nueva promoción de escritores y que éstos, en su mayoría, provenían de ambientes universitarios. Alejados de las querellas de escuela que entretuvieron a sus predecesores, iniciaron la transición que delineará poco tiempo más tarde una mudanza en el lenguaje, las formas métricas, la representación del mundo imaginado y su correlato con la realidad; esto es, el planteo de uno de esos balances cíclicos con los que se cuestiona no sólo un estilo, moda o gusto literarios, sino el sentido entero de la poesía y del poetizar, y los nexos de ambas actividades con la vida social y política.

Quien revise los anales de aquella época, sabe que por entonces se esfumaba una vez más la expectativa de transformar la sociedad en el Perú y en Latinoamérica. Que el cambio no pudo darse, pues es imposible lograrlo sin modificar las estructuras socio-económicas, las formas productivas y los índices de distribución y consumo. Pero en esa atmósfera de persistente inconformismo que a la postre se canalizará en acción revolucionaria, en esa zona de deslinde por sinnúmero de causas, la actividad creativa no disminuyó y, por el contrario, corría pareja con la preocupación política. Cuadernos Trimestrales de Poesía, la ya clásica revista trujillana dirigida por Marco Antonio Corcuera,

convocó en 1960 por primera vez al premio El Poeta Joven del Perú. El fallo del jurado declaró ganadores, compartiendo el primer puesto, a César Calvo y a Javier Heraud. Y, de ese modo, dos jóvenes estudiantes, los autores de Poemas bajo tierra y El viaje respectivamente, acreditaron la calidad y la presencia consagrada de la nueva promoción.

Las páginas de Poemas bajo tierra (1960)¹ son claro indicio del trámite de asimilación y deslinde que ya había iniciado el autor, en su negocio con los poetas y lecturas en boga en la época. El sentido del ritmo, la música y cadencia, a veces todavía medida ("Pudiera ser verdad que no estoy solo", "Amada transeúnte", "Dan las campanas tu recuerdo en punto", "Y de nuevo otra vez siempre Evelina"), evocan de una parte la opción intimista, pero cernida por los tamices de un arte que selecciona naturalmente sus palabras y expande, enlaza o reduce las figuras para orear el sentimiento y, en base a él, vertebrar su discurso del verso.

Quizás no sea aventurado afirmar que la apertura estilística de Juan Gonzalo Rose, visible luego en Simple Canción (Forma y Poesía. Lima, 1960) inspiró con su sencilla limpidez la actitud que paulatinamente asumen algunos de los nuevos escritores, y Calvo entre ellos. Así se explica cierto tono de afinidad con los poetas mayores de la promoción precedente e, inclusive, los ecos de giros retóricos del último Vallejo ("Tal vez tarde me vino esta temprana", "Mi padre llegó ayer"). Pero de otro lado, diría que también se hace patente una tendencia a poetizar el bien perdido, la recons-

1. La versión original, publicada con el sello de Cuadernos Trimestrales de Poesía (Lima, 1961), contiene doce poemas que Calvo ha suprimido en esta edición definitiva.

trucción adolescente del ámbito de los afectos y de la familia provinciana, y que, con su repentino fulgor, estos tópicos demarcan una suerte de automarginación, de relegamiento y lejanía. Entre ellos se sitúa la voz del poeta: en ese espacio inscribe el testimonio de su soledad, y ésta convoca y empapa toda su experiencia, sin admitir fisuras entre el ser personal y la persona social. La calidad conseguida en el libro es notable. A quince años de distancia, el lector de hoy confirma la fuerza unitaria del conjunto y la vigorosa personalidad artística que se revela en aquel libro inicial.

Luego seguirán *Ensayo a dos voces* (escrito con Javier Heraud en 1961, pero publicado por Edc. Cuyac, Lima, en 1967), *Ausencias y retardos* (La Rama Florida. Lima, 1963), *El último poema de Volcek Kalsaretz* (1965) y *El cetro de los jóvenes* (1966)², con los que a pesar de la modificación de temas y temple, e incluso a pesar de notables cambios desarrollados en el estilo, creemos que se integra y cierra el primer ciclo decisivo en la poesía de Calvo. Hasta *Ausencias y retardos* prevalece la impronta subjetiva que ordena su universo y el decurso poemático en torno del amor y la posesión, del tiempo y de la ausencia. Pero aun así, el lenguaje ha cuajado plásticamente y se ha enriquecido con la construcción de calificaciones acumulativas cuya sensualidad verbal cristaliza períodos extensos, anhelantes de retención y perennidad. Esa misma vocación pareciera lograrse por efecto de espléndidos broches metafóricos, y de sugestivas asociaciones de ritmos que a veces son cortados, de modo abrupto, por la irrupción de lo inusitado, como si se tratara de un ramalazo torpe

2. *El cetro de los jóvenes*. Casa de las Américas. La Habana, 1967. (Incluye: *El último poema de Volcek Kalsaretz*).

de la realidad anti-romántica. La cualidad lírica de Calvo se decanta en este breve poemario y lo singulariza en su estirpe entre la gente de su generación.

Las colecciones del 65 y 66, que fueron presentadas juntas al Premio de Casa de las Américas y merecieron una Mención Honrosa, son, en verdad y predominantemente, un intento de poesía narrativa. Un ensayo por contar, por hacer la crónica del tiempo y de la tragedia y lucha humanas, aunque en cada caso asome el acento personal, filtrándose entre las hebras del recuerdo y del testimonio. Textos del tipo de "Igual que una guitarra" o "El recuerdo" alisan la distancia entre el tono lírico y el épico; reducen ambos poemas, entre una serie, los claroscuros y brillos de un lenguaje enjoiado que trata de aprehender las sombras y herir directamente el blanco de la historia como experiencia de sujetos concretos; es decir, vivida, actuada y padecida por seres individuales cuya palabra y aventura se mudan en versos escritos con rabia, con odio, y, sin embargo, igualmente con cálida ternura, con amistad y devoción. Poesía de escenas veloces, parciales, embriagantes y desgarradoras como el vértigo: en ellas Calvo apresa el mundo de los otros, del prójimo, de los que modificaron su vida y la nuestra, pero con la acción antes que con la palabra. Por eso su voz tiene un acento de implenitud, de mesurado retiro y apagamiento a través de estas páginas que son como una hoguera delsumbrante, pero también fungible.

LA FABULA DEL DIALOGO

Años más tarde *Pedestal para nadie* (1970) denota un sutil adensamiento de las calidades de ese lenguaje rítmico, irisado por figuras que estable-

cen extrañas alianzas, sensoriales y semánticas, y cuyo fluir es rasgado eventualmente por disonancias que insinúan una estructura del contraste. Vale decir, que con dicho libro empieza a advertirse un cambio, aunque éste se opere dentro del mismo temple que ya identificaba a la poesía de Calvo; y que esa suerte de fraseo enojado y pictórico que lucía su verso se conserve y concentre, se acere y distribuya en un contrapunto de tópicos que definen, junto con su actitud dominante ante la vida, el tú y el amor, una diversa respuesta y un diferente encuadre del oficio poético. Este bello libro galardonado con el Premio de Fomento de la Cultura de 1970 es, en conjunto, la obra más articulada y de mayor rigor en toda la producción de César Calvo; y, por eso, Pedestal para nadie se nos revela como el segundo gran ámbito discernible en su lírica.

En los textos de esta colección, el discurso se torna eminentemente dialógico; la ilusión romántica y el estigma maldito se truecan en el desengaño lógico que de manera gradual se va haciendo mueca escéptica y, a la postre, convicción recubierta de cinismo. La morosidad de los desarrollos versales se apoya en insistencias y sucesivos interrogantes: "... y me pregunta Clayton, se pregunta/ por qué nos es tan duro vivir en este mundo./ ... a fin de cuentas qué sentido tiene/ por qué debo morir"³. El tornar iterativo se hace rasgo de estilo: "Y yo dále que dále, impenitente,/ cubierto de basura, preguntando/ por qué debo morir". La prolongada disolución de los valores avizorados, tanto en la quimera subjetiva cuanto en la recapitulación de la hazaña, como paradigma del vivir heroico —social e individual— acabará

3. "A manera de prólogo / Ciudad de los Virreyes, mil novecientos y tantos"

infundiendo su sombrío y fragmentado mensaje: "... cuando ya no se busca el famoso sentido de la vida/ y se rastrea en cambio/ una razón para ir-se al otro mundo". Esto es, cuando el asombro se somete espontáneamente a la irracionalidad, al sin sentido: "De allí que esto no sea/ sino una piedra para romper semáforos,/ una señal de alarma: nada de soluciones..." Entonces el discurso poético llega a ser un preguntar y un preguntarse; el desplazamiento sucesivo de un interlocutor al otro; la indagación persistente acerca del por qué y del para qué acuciantes. La esencia del hecho, del hallazgo poético, de la virtualidad del poetizar se instala, por ello, en la memoria y en el torturante régimen cíclico del recuerdo al olvido y viceversa. Cadencia que finalmente nos conduce a la premonición inscrita en el pórtico del libro:

"No hay más ciudades que esta ciudad vacía
ni más sueño dorado que el insomnio
estos papeles húmedos y vanos"⁴.

La asunción total de esta perspectiva, para foguear en ella un voluntarismo evasivo, yace en las hebras del hilván simbólico que campea en los diversos textos de Pedestal para nadie. Desde este mirador, el ejercicio poético escrito ya no es para Calvo invención ni refugio en la magia fabuladora: ahora es desvelamiento de la paradoja subyacente: la paradoja misma renovada y múltiple. Asirla, sorprenderla y, de ese modo, exorcizarla es tarea del poeta. Del quehacer de éste remonta la resonancia grotesca y la norma pseudosentimental con la que escapa al nihilismo de la trivialidad o la estridencia ritual, consagraciones, ambas, tan al gusto de la rebeldía burguesa.

4. loc. cit.

"Acaso así encontremos una buena razón para
[morir

y dejemos de ser
el cuerpo solitario en la ribera
para ser la ribera, el río mismo,
dos cuerpos abrazados que al hundirse
se salvan"⁵.

La imagen en penumbra que ampara la vaciedad, la hostilidad de la relación amor-muerte-mundo surge más nítida en la última estrofa de "Reloj de arena", aquella que empieza "Pero antes, pero ahora, pero siempre/ acaba de pasar, jamás acaba:/ él es esta mañana de sol," La concatenación que libremente se impone, según avanzamos la lectura, bosqueja una inteligencia de la poesía como fábula desenredada desde el ovillo de la paradoja inicial. Detenidamente se entran, condicionan, presuponen el amor y la muerte: y se funden en la memoria como el ciclo vital perpetuo que sólo se devuelve y permanece en el tiempo de hoy, merced a la alquimia febril de la vigilia:

...

"esta leve demencia con que escribes
mientras las cosas en el cuarto pacen
igual que en aquel tiempo.

... ..

Colocado de espaldas a la puerta
que no es al fin y al cabo sino otra
de tus máscaras, puedes mirar tu vida:

... ..

La soledad retumba enorme afuera: son los
[años

5. loc. cit.

*perdidos, las piedras
arrojadas contra el río
que permanece fiel, que nunca pasa"*⁶

Lentamente la soledad se expande y recubre los espacios hasta convertirse en el crucero de la poesía de Calvo. Pausadamente advenimos a la comprensión de la fábula, a la lectura de la moraleja cernida en el título del libro: Pedestal para nadie. Desolación análoga a las sombras de los primeros siglos, cuando afloró la desconfianza ("Espejo en una cueva") y el desvaído inventario de memoria anhelante ("Hora para el abuelo"), o la enardecida protesta contra la historia colectiva. En cada caso el extravío de la razón humana se ha hecho tiempo y formas desemejantes, que a través de las edades y de la geografía, yugularon la respuesta y la felicidad esperadas. Fractura simultánea del mito y de la historia, de la leyenda y la evocación; fractura que no bien pareciera restañarse en el recuerdo ya de nuevo se rompe. Memoria de la soledad que es la maestra perdurable: la que viola las trampas y desordena el tiempo, la vida, el amor e incluso, la muerte.

Al lado de esta visión abarcante, de innegable empeño totalizador, puesto que incorpora el acontecer de la sociedad y lo somete a escrutinio, ya en la vertiente histórica como en la espacial, Calvo cede al impulso elegíaco e íntimo, al dominio de lo personal y vivido afectivamente, resituando el vínculo amoroso dentro del arco de la soledad y la incomunicación humanas, a la vez que en el eje de la fugacidad puntual y la evanescencia memorable. "Esto era pues, y nada más, la vida" es ahora el texto espléndido que refrenda este juicio:

6. cf. "Insomnio"

"Se levanta, como un brindis, la noche:
en su luciente capa
veo caer mi vida, las primeras estrellas.
Tú duermes sin saberlo, al otro lado del mar
y el sol del mediodía te consume.
Aquí la noche se alza, cae, se quiebra
la memoria
y descubro las calles recorridas contigo
como si caminara sobre un montón de vidrios.

... ..

Pero es de noche, llueve, estoy sentado
y escribo, simplemente.
No otra cosa podía yo ofrecerte
—después de tanta vida vivida vanamente—
sino este simulacro de agonía, estas líneas
en las que has regresado nuevamente a
[morir".

La experiencia retenida y la versión recreada proyectan un horizonte baldío de humanidad. Desvisten sin remordimiento el espejismo cándido del encuentro rescatado, salvable de la soledad y las memorias. La solemnidad y el sarcasmo entonan un himno al ocaso de la ilusión permanente. La falta de respuesta, la terca y pertinaz frustración reconducen el discurso a la incapacidad de llegar y ser pleno con la presencia del otro, del prójimo, del tú, por conjuro de la vida que atomiza y aísla:

...

"Cada día alguien pone
sobre un rostro
un espejo:
tú eres el vaho que el cristal aguarda"⁷.

Pero la voz del poeta se apaga al otro lado del cristal, sobre el límite mismo, asordada por sus

7. cf. "Cada día es un pqzo, el fondo de algo".

propios ecos y el estupor que le causan la soledad y la muerte.

"HE VIVIDO SIN TI, / PERO HE VIVIDO"

El presente volumen concluye con la sección Otras canciones (1970-74) y el poema final Para Elsa, poco antes de partir (1971). Quisiéramos llamar la atención del lector hacia un rasgo peculiar en la trayectoria de César Calvo. Su arte, desde los versos de Poemas bajo tierra hasta las páginas que cierran este libro y su trabajo en el Taller de la canción, ha evolucionado siguiendo una línea que apunta a la búsqueda de una respuesta en el virtual destinatario: lector, interlocutor u oyente. La fluidez musical y rítmica así como la plasticidad exaltada son, sin duda, valores presupuestos en el arte de composición y en el estilo de Calvo. Si la primera fase de su trabajo está regida por un afán expresivo que se define en una estética de sensualidad y transcendencia, y que oscila permanentemente de la nostalgia a la historia social, llegando incluso a fusionarlas; en la fase segunda el canto de lo memorable aparece, por la vía dialógica, como recusación del sistema, y lo ensaya a través del desvelamiento de las marcas que el vivir sobresaltado y sinsentido acumula en los secretos del discurrir personal y colectivo. En las dos instancias, sin embargo, la fibra lírica, cernida en la elegía o condensada en la canción, evitan la versión intelectualizante y apelan más bien al ritmo y a la melodía de una corriente ya tradicional, pero allegándole modernidad gracias a la perspectiva de la voz poética y al lujoso desborde de su visión metafórica, que no relega ningún componente de la vida común. Visto lo anterior, parece razonable entender que la última parte de este libro insinúa la asunción de una

diversa manera de concebir la tarea poética, asumiéndola como letra y música destinadas no a la lectura sino a ser cantadas y oídas, para el auditorio abierto o el ejercicio múltiple y anónimo. Ello parece indicar —repito— que se inaugura así un tercer ambiente en la producción y personalidad poética de Calvo. De este modo, en la línea de una posibilidad que estaba implícita en los rasgos de su primera etapa, la última retorna a los orígenes históricos del género y proclama bellamente el destino de la poesía: acción plural en la recreación voluntaria de los límites que corroen la humanidad del hombre y sus proyectos.

ALBERTO ESCOBAR

poemas bajo tierra

(1960)

A Graciela y César Calvo de Araujo

AQUEL BELLO PARIENTE DE LOS PAJAROS

Aquel bello pariente de los pájaros
que escondía su sombra de la lluvia
mientras tú dirigías
sobre ardientes cuadernos el vuelo de su mano.
El niño que subía
por el estambre rojo del verano
para contarte ríos de perfume,
cabellos rubios y país de nardos.
Tu niño preferido —¡si lo vieras!—
es el alma de un ciego que pena entre los cactus.
Es hoy el otro, el sin reír, el pálido,
rabioso jardinero de otoños enterrados.

¿Y sabiendo esto lo quisiste tanto?
¿Lo acostumbraste al mar,
al sol,
al viento,
para que hoy ande respirando asfixias
en un pozo de náufragos?
¿Para esta pobre condición de niebla
defendiste su luz de enamorado?

Poesía, no quiero este camino
que me lleva a pisar sangre en el prado
cuando la luna dice que es rocío
y cuando mi alma jura que es espanto.

Poesía, no quiero este destino.
Llévate tus sandalias.
Devuélveme mis manos!

El final de la historia lo dirán las estrellas
y las hojas que cubran mi sueño sepultado.

Aquel bello pariente de los pájaros
que escondía su sombrero de la lluvia
mientras tú dirigías
sobre sedientes cascadas el vuelo de su mano.
El niño que anhelaba
por el estampo rojo del verano
para contarte ríos de perfume
cabellos rubios y pais de nardos.
Tu niño perdido — ¡sí lo viésteis! —
es el alma de un ciego que pena entre los cactus.
Es hoy el oro el sin tener el palido
rabioso jardineto de olivos enterrados.

Y sabiendo esto lo quisiste tanto
¡lo acostumbraste al mar,
al sol,
al viento,
para que hoy ande resguardado en las
en un pozo de náuticas?
¿Para esta pobre condición de nicho
decediste en luz de enamorados?

Poesía, no quiero este camino
que me lleva a pisar sangre en el prado
cuando la luna dice que es rocío.
y cuando mi alma juró que es espanto.

LA FUENTE

César, como verás, todo ha cambiado
desde aquel llanto en que viniste a verme.

Esperando los ojos de la luna
se evaporó de soledad la fuente.
Anoche degollaron a los nardos.
Cayeron por su aroma los cipreses.
Inútil irse a mendigar rocío.
Aquel jardín, este jardín, se muere.

Que ya no sueñen, soñador, tus manos.
Que ya no lloren, llorador.
Se muere.

Volcaron toda el agua que Evelina
puso en la noche, un día, para siempre.
Nos tornaron a nube la lluvia de la infancia.
Nos negaron el vuelo de las aves,
el ventanal del mar, la luz más tenue.
Y hoy nos niegan un sitio en los rosales
que viajan a Diciembre.

Inútil todo, hermano, inútil todo.

Mejor ni calles, cantador, tu suerte.

VENID A VER EL CUARTO DEL POETA

Venid a ver el cuarto del poeta.
Desde la calle
hasta mi corazón
hay cincuenta peldaños de pobreza.
Subidlos.
A la izquierda.

Si encontráis a mi madre en el camino
cosiendo su ternura a mi tristeza,
preguntadle
por el amado cuarto del poeta.

Si encontráis a Evelina
contemplando morir la primavera,
preguntadle
por mi alma
y también por el cuarto del poeta.

Y si encontráis llorando a la alegría
océanos y océanos de arena,
preguntadle
por todos
y llegaréis al cuarto del poeta:
una silla, una lámpara,
un tintero de sangre, otro de ausencia,
las arañas tejiendo sordos ruidos

empolvados de lágrimas ajenas,
y un papel donde el tiempo
reclina tenazmente la cabeza.

Venid a ver el cuarto del poeta.
Salid a ver el cuarto del poeta.
Desde mi corazón
hasta los otros
hay cincuenta peldaños de paciencia.
¡Voladlos, compañeros!

(Si no me halláis
entonces
preguntadme
dónde estoy encendiendo las hogueras).

TODOS MIS SUFRIMIENTOS

Todos mis sufrimientos, esta noche
giran en torno a mí
como los cuervos.

Debiera deshojarme en otras rosas,
hablar de la nostalgia de mi madre
por la luz, por la lluvia,
y ponerme tremendamente dulce,
hasta hacer sonrojar a la dulzura.

O, para ser feliz, hablar de los países
donde el hombre ha llegado hasta su altura.

Debiera conversarme de esas cosas.
O ponerme a llorar otra mirada.

Estoy sufriendo mucho por mí mismo.

Que me perdone mi alma.

A LA INTEMPERIE ESTOY

A la intemperie estoy.

Como ni un alma asomaba los retratos
no temo desnudarme de todas las sonrisas.

Mi corazón sigue rondando el parque
donde anochece esperas Evelina.
Y ni siquiera el lino de la infancia
llega a cubrir la frente de este día.

A la intemperie estoy.
Silencio llueve.

Amanece sin nadie mi alegría.

UN SAUCE CON REGALOS

Un sauce con regalos
en medio de la casa. Arbol de navidad.
El tiempo ondea
sus cajitas de lágrimas lloradas.

Hermano,
no las abras.
No te tiente el color que las envuelva.
Es un espejo donde siempre asoma
su rostro, la tristeza.
¡Qué crimen si se abrieran!

Un día te verás de frente en ellas
y te vendrás a sepultar conmigo
a dos metros del llanto, bajo tierra.
Y dirás, como yo, que has muerto en vano,
que todavía aquello te da pena.
Pero cuando comiencen a dar flores...
¡Ganas me dan de abrirlas en tus venas!
Mejor no.
Mejor ci-
erra que hace frío.

¡Nos han robado ya todas las puertas!

PUDIERA SER VERDAD QUE NO ESTOY SOLO

Pudiera ser verdad que no estoy solo:
alguien llega a dictarme lo que vivo.
Pudiera ser verdad que no estoy muerto.
Pudiera ser verdad que en blanco escribo.

Arde un duelo en mi cuarto desolado.
Alguien cierra mis ojos cuando miro.
Pudiera ser verdad cuanto he callado.
Pudiera ser verdad cuanto he mentido.

De cualquier modo, soy. Me acuesto tarde.
Le tengo al llanto un poco de cariño.
Y llego puntualmente a degradarme.

Sigo esperando lo que ya ha venido.
Guardo mi corazón para mañana.
Me despido de aquello que no vino.

AMADA. TRANSEUNTE

Amada transeúnte cuyo nombre
de memoria en memoria perdió el nido:
tu corazón anónimo me viene
al corazón como un radiante anillo.

Amada transeúnte, en lo que dura
la transparencia oral de tu suspiro,
cabe el ebrio semestre de las uvas.
Cabe mi sed de sol en tu rocío.

Pasas en rostros diferentes. Pasas
en veloces espejos repetidos.
Nada te queda en mí. Todo me llevas.

Y yo, dale a vestirme en mi cariño.
Dale a quedarme a solas con mi cuerpo
mientras Tiempo deshila tu vestido!

SABADO

Sábado, fiel vecino
de mi siempre penúltima mirada:
no me vengas con cuentos, esta noche
los ojos me han crecido como lágrimas.

Tú solías ser víspera, y ahora...
Sábado, ya no creo en tu palabra.
Ahora me destierro, y te destierro
para siempre de todas mis semanas.

Me voy porque no hay nadie que me espere mañana
en un parque cualquiera
o en mi alma.

Me voy porque ni el llanto
se ha dignado pedir que me quedara.

Me voy hasta anteayer para buscarla.

DAN LAS CAMPANAS TU RECUERDO EN PUNTO

Dan las campanas tu recuerdo en punto.

Afuera se pasean las dos de la mañana.

Nada pudo diciembre contra el semestre tuyo.
Nada el sol silencioso contra tu sombra hablada.
Desde el fondo de todo
lo que tengo,
me faltas.

Dan tu recuerdo en punto las campanas.
Y afuera se pasean,
de una
en una,
las dos
de la mañana.

EN LA LUZ DEL OTOÑO

Los ojos se me apagan en la luz del otoño.
Mi boca perseguida por la noche
defiende tus palabras
igual que los cadáveres defienden su reposo.

Afuera las vendimias transcurren todavía
y son huertos de polvo adentro de mis ojos.
Porque ya las palabras, ya las noches, ya el cielo,
ya los claros castillos transmutados en pozos
y el insomne ajeteo de subirme a tu sueño
y los ríos,
se apagan
 en la luz
 del otoño.

Yo sé que tú lo sabes,
porque todos los días anochezcó al mirarte.
Y no quiero que me ames
como a los ahogados el fondo de los mares.

Por eso, ahora, nadie. Solamente mis ojos.
Mis ojos apagados en la luz del otoño.

TAL VEZ TARDE ME VINO ESTA TEMPRANA

Tal vez tardé me vino esta temprana
costumbre de insultar a mi alegría.
Es una forma de volver a casa,
una manera de besar la vida.

¿Y qué otra cosa queda sino el aire
rápido del insulto, sino el agua
voraz de la blasfemia y el **carajo**
desbocado como alba de provincia?
¿Qué otra cosa nos queda sino el hombre
desnudo, decisivo —amén de nada
y amén de la desdicha?

Tal vez
me vino a tiempo esta tardanza,
esta puerta de entrada sin salida.
Aunque hay veces,
como hoy, que me descubro
en medio de Evelina
con unas ganas dulces de ser dulce,
de ser feliz a espaldas de la vida.

Hoy debiera esconderme de mis ojos.
Hoy no quiero pelear con mi alegría.

**ES BUENO SER FELIZ, SIN OLVIDARNOS
QUE NO PODEMOS SERLO**

Siempre es bueno sufrir
pero sabiendo
cuál es la nube que negó la lluvia.
Pues bien: que alguien me diga
a quién debo el honor de esta amargura.

Que alguien venga a decirme: César, sufra
porque nació sin lanzas el cordero
o porque ha muerto de agua una laguna.

Que alguien venga a decirme
cualquier cosa.

, O que me saquen de esta sepultura.

HOY ME HE PUESTO A ESCRIBIR

Hoy me he puesto a escribir
para dejar en blanco a mi tristeza.

Mejor sería caminar por Lima
mientras dura la noche, mientras dura
todavía la noche que se aleja.
Pero en las calles se dirán lo mismo
estos pasos calzados con mi ausencia.

Mejor sería, mal
mejor sería
irme a dormir un poco mientras pesa,
irme a dormir un poco mientras pesa
en mis ojos el sueño, mientras pesa
en mis ojos el sueño como una piedra en pena.
Pero en la almohada escribirían niebla
mis lámparas abiertas.

Entonces, pues, entonces, si de espaldas,
si de frente mi vida o de cabeza,
qué más me da, mejor
mudarme de alma
y ponerme a doler en carne ajena.

HOY HEMOS ALMOZADO DE MEMORIA

Hoy hemos almorzado de memoria.

De nuevo

de memoria.

Contando alguna tarde de provincia,

mi madre se ha quedado dormida en una alondra.

En una alondra antigua y silenciosa.

¿Quién va a venir ahora, con la voz de esa alondra,
a hablarnos de la dicha y de las rosas?

Con la luz de esa sombra ¿quién va a venir mañana
a hablarnos del perfume radiante de la dicha,
dichoso

de las rosas?

Ya nadie vendrá ahora.

Nos hemos devorado la voz de las alondras.

Ya nadie vendrá nunca.

Contando alguna tarde de provincia,

hoy nos hemos comido para siempre las rosas.

QUE SALIVA PORFIADA LA DEL TIEMPO

Qué saliva porfiada la del tiempo.
Lo estamos viendo, abuelo.
Tú con la gran tijera azul, aldeana,
enmohecida de cortar regresos.
Y yo con este insomnio de garúa,
de café terminado al primer beso.

Sólo musgo florece bajo el cielo.
En la casa campestre, allá en la infancia
las noches se amarillan de silencio,
y el perro "Huáscar" —como buen cristiano—
de tanto caminar, el pobre, solo,
no deja huellas al pisar el suelo.

Antes el mismo río
detenía sus aguas por bebernos.
Ahora nos sentamos
al borde de la vida
a mirar cómo todo nos deja sin recuerdo.

No sé a santo de qué nos han pintado
de final el comienzo.
Esto no se hace, abuelo!

MI PADRE LLEGO AYER

Mi padre llegó ayer. Ha parecido
una partida más este regreso.
A mi llanto he subido para verlo
perderse por la cuesta más honda.

Qué ganas de decirle que estuvimos
esperando sus pasos
para seguir muriendo!
Qué ganas de que nada, que sus cartas
nunca escritas
nos llegaron sin falta!
Pero la casa
calla.
Y todos caminamos
de puntillas, para no despertarla.

Mi padre llegó ayer. No sé quién baja
a media asta los días de febrero.

Mi padre llegó ayer.
Y está más lejos.

DESDE QUIEN SABE YA CUANTAS DESGRACIAS

Desde quién sabe ya cuántas desgracias
entro a buscarte, César, a la dicha
como el tiempo a una casa abandonada.

Tu ojos envejecen en todos los retratos.
La nieve de otros años oxida las ventanas.
Y nuestros pasos suenan, en los patios
que el invierno anegara,
oscuros como pasos de fantasmas.

Hemos pedido Abril
para los prados, Ayer
para las horas,
líneas de luz para el perfil del agua.
Y la vida, en las manos
del sueño, estuvo siempre
al modo de una inútil, maravillosa lámpara.

Estos no son los cuentos que en las tardes
nos contara la infancia.
Invierno arde en el centro de las cosas.
Dios desalmado, en todas partes
calla.
Ni hablar podemos como en otro tiempo:
invierno ha devorado la luz de las palabras.

Los días vienen
a marcharse: cielos
que llueven.
Y en los prados nada.
Sólo el invierno. Y además
invierno
en pleno estío. Y en la pura sangre,
ceniza de algún sol que se marchara.
Invierno como un triunfo de neblina
está nevando invierno en toda el alma.
Invierno como un cuervo comiéndonos los ojos
de los días,
los restos de las últimas semanas!

SALIENDO A RECIBIRNOS DESDE EL TIEMPO

Saliendo a recibirnos desde el tiempo
tiene color de rosa este cristal.
Tienen color de rosa las guirnaldas,
la cita con mis sueños detrás de la ciudad.
Es de rosa la rosa de los vientos.
Es de rosa la rosa del rosal.
Y las noches que bajan a los puertos
visten de rosa al mar.

Todo nos sale cual las propias rosas.
Las lágrimas son rosas que vuelven de llorar.

Viendo la vida desde su mirada
no me duele este mal.
Me alegro de haber visto tanta sombra
para después mirar
aquel color de rosa en todas partes.
Y solamente

pesa
no haber llorado más!

ONOMASTICO

Veintitantos de julio en este vaso
que acerca mi sedienta lejanía.

Veinte años de tener derecho a nada.

Veinte años de jardín

en vano. En vano.

Veinte años de lavarle la cara a la pobreza
para no quedar mal con las visitas.

Ah, veintiséis en blanco, veinticuatro
del mes en curso y de mi muerte en cinta:
doblo mi corazón y me dan ganas
de mentarle la madre a la alegría!

Y DE NUEVO OTRA VEZ SIEMPRE EVELINA

Allá para mañana me esperará su sombra
poblada de violines y de apagadas lunas.
Allá para mañana me esperará el recuerdo
bebiendo, en sus hoyuelos, semestres de frescura.
Y sus ojos, sus ojos donde tremola mi alma
húmeda de arcoírises. Allá para ternura.

El viento pasa. Juro
que jamás, que he perdido
milagros y veranos por su culpa.
Reniego de su sombra, de su íuz, de su vamos,
de sus pasos delgados como pasos de lluvia.

¡Y de nuevo otra vez siempre Evelina!

(Le tengo un miedo hermoso a su dulzura).

PROCLAMA

Desde este momento, en nuestros labios
la grosería es pura
como el silencio,
esbelta como el canto
que los pájaros alzan de los árboles.

Hoy las viejas palabras
de amor
bajo la luna
ni a nuestro peor carajo podrían compararse.

Pues
¿cómo hablar, hermanos, de la vida
sin llenarnos la boca de cadáveres?
¿Cómo decir: la vida que vivimos
es clara y es hermosa como el aire,
cuando todos los días la vida es una mierda,
cuando todas las noches
nos asfixian, y hay algúen
que envenena la lluvia de las tardes?

Seguro habrá quien diga
qué mal, que la pureza
del lenguaje,
que la voz inviolable de las rosas
y las buenas maneras

de callarse.

Pero ya no
la voz
de los rosales
donde el otoño criminal solía
primaverar su imagen.
Ya no el río de estrellas
que desde nuestros labios cruzara
los derruidos parques,
y en el cual ni pudimos mojarnos
la tristeza
pues todo lo bebieron los infames.

Ya no el agua negada de los astros.
Ya no. Ya no. Poetas, escuchadme:
desde hace mucho tiempo

(yo acabo de saberlo
porque en mi boca acaban dos cuervos de posarse),
desde hace mucho tiempo
las palabras hermosas se ahogaron
en un país de soledad y sangre!

MI INFANCIA FUE UNA MANO

Mi infancia fue una mano
donde cabía el mar,
donde los astros
cabían como hoy caben mis ojos en el llanto.

Las cosas que han pasado!

En un parque de Julio
de mil novecientos cuarentaycuatro,
el tiempo se ha quedado sin cumpleaños.
Allí mi padre pinta
bellísimos remansos.
Guillermo no ha nacido todavía
pero mamá, en silencio, ya custodia sus pasos,
y los amados ruidos de la casa
ya saben recordarlo.

Ah, noches que la luna se bebiera!
Ah, juegos convertidos en nadie, desolados!
Ahora solamente soy un recuerdo mío
aferrado a la niebla del último verano.
Como el musgo que cubre los veleros hundidos
la noche crece en todos los muros de mi cuarto.
En mi amor ya no hay nadie sino el mar.
Y ayer, el mar —que ayer
inolvidablemente conservara mi rostro—

como el antiguo espejo de la casa,
ya sin reconocirme me ha mirado a los ojos.

Ni Evelina podría detener
la invasión tenebrosa de este otoño.
Las noches desprendidas de su sombra,
las lunas que le ruedan por los hombros,
las aves
que a beberse la lenta claridad de los días
bajaban a sus ojos,
viajan el viaje inútil del rocío
a las flores hundidas en el polvo.

Y además la palabra.
Y además la palabra de un país silencioso.
Y mi padre que me habla con su voz de retrato.

Mi corazón me habita como el sol en un pozo.

ABSOLUCION

No se piense que todo fue amargura
en mi vida.
Cuando aún no miraba, sonreía.

Fui un muchacho lejano
como el viento.
Y paseé mi palidez cantando.

Amé.
Y he sido amado.

Si fueron espejismos
los días y los mares,
que me perdonen todos los culpables.

CASI AUSENTE

Adiós

Adiós que vienes

postergando

tu viaje desde invierno.

Adiós Melancolía, adiós la bruma

que desheló en mis ojos tu mirada de ciervo.

Adiós mi alma abrigando

de nieve el cauce oscuro

en donde beben claridad los ciegos.

Adiós las Evelinas que me amaron

y me llevaron silenciosamente

en procesión de trinos a mi cuerpo.

Adiós el mar fluvial, adiós los planes

para el próximo enero

y para la siguiente eternidad

que ya apaga su miel en mi cuaderno.

Adiós, Otoño, hermano

de mis manos.

Ojos cubiertos de ceniza: adiós.

Encargo al cauce ignoto

de las noches que vienen,

el agua taciturna de mi voz.

EL DIA

Subiré para verlo.

Llegará como llega
mi madre a mi tristeza,
la palabra al silencio.

Llegará como llegan
las estrellas al cielo,
los bajeles al puerto.

Subiré para verlo.

Le diré: te he esperado
tanto, que ahora puedo.
Ayudaré a sembrarlo
con las manos del pueblo.
Y colmado de dicha

me moriré de nuevo.

LAPIDA

Aquí yace mi voz
enamorada.

Con ella he sido dulce.
Conmigo ha sido amarga.

Aquí yace mi voz.

¡Desenterradla!

ensayo a dos voces

(escrito con javier beraud)

(1961)

A Mario Razzeto

En octubre de 1961, César y Javier escribieron este poema. Según el proyecto, vendrían otros más para formar un libro que concursara en los Juegos Florales de la Universidad de San Marcos. Sólo alcanzaron a redactar el primer poema de Ensayo a dos voces.

No es —y salta a la lectura— un intento de automatismo como el de los versos de Breton y sus amigos (una imagen persiguiendo a la otra porque sí). Es el experimento de dos poetas reunidos en uno.

Lo primero que hubieron de plantearse fue la necesidad de un tema: se escogió el del retorno (tan cerca a Javier). Entonces, juntos realizaron el trabajo, la consulta, el deseo y la corrección. Dos maneras de poetizar fundidas en este único poema.

Ensayo a dos voces es entre César y Javier, un hermoso documento de amor a la poesía.

Antonio Cisneros

Es necesario volver
una vez más
a la noche que nunca
conocimos, a los ríos
que siempre se negaron:
es naufragio
en el último navío.
Acaso una vez más
es necesario. El tiempo
se acorta
y no regresa. Heridos,
es necesario
reanudar los puertos.
El tema sigue siendo
lo perdido (mi corazón
también). El invierno
gastará sus lluvias
si los árboles mueren.
Y habremos de anegarnos
sin remedio,
sentados en un parque
de Diciembre.

II

Ha llegado la hora
de volver.
Hoy los ríos
destruyen
las cosechas,
y ha quedado sin nadie
la alegría.
Es necesario (entonces)
correr, gritar un poco,
saludar el retorno
de los días
(necesita sus alas
la tristeza),
y recibir
el canto del rocío
desde los labios
dulces
de la hierba.

III

Nuevamente,
ahora que las lluvias
del verano
enlodan los caminos
del retorno,
hay que cortar los trinos
de las aves,
los truenos
de las noches,
y entrar en casa
de la vida,
a tientas,
para que no se enteren
las hojas
y
las sombras.

IV

Ni el olvido
sabr  de este regreso.
Apenas si el aroma
de las tardes,
al esculpir sus rosas
en el viento,
hablar  de nosotros.
Y desde nuestras solas
soledades, seguirán
extra  ndonos los ecos.

Será partir de nuevo
este regreso.
De la luz
a la luz, de la nube
a los ríos,
de la fuente
a la boca de las aves
y de las aves
a su antiguo vuelo.
Recorriendo
con los ojos
de la tarde
las llanuras del tiempo
derramado,
abriremos
una sonrisa en cada valle.

ausencias y retardos

(1963)

1.—NOCTURNO DE VERMONT

Me han contado también que allá las noches
tienen ojos azules
y lavan sus cabellos en ginebra.

¿Es cierto que allá en Vermont, cuando sueñas,
el silencio es un viento de jazz sobre la hierba?

¿Y es cierto que allá en Vermont los geranios
inclinan al crepúsculo,
y en tu voz, a la hora de mi nombre,
en tu voz, las tristezas?

O tal vez, desde Vermont enojado de otoño,
besada tarde a tarde por un idioma pálido
sumerges en olvido la cabeza.

Porque en barcos de nieve, diariamente,
tus cartas
no me llegan.

Y como el prisionero que sostiene
con su frente lejana
las estrellas:

chamuscadas las manos, diariamente
te busco entre la niebla.

Ni el galope del mar: atrás quedaron
inmóviles sus cascos de diamante en la arena.
Pero un viento más bello
amanece en mi cuarto,
un viento más cargado de naufragios que el mar.

(Qué luna inalcanzable
desmadejan tus manos
en tanto el tiempo temporal golpeando
como una puerta de silencio suena).

Desde el viento te escribo.
Y es cual si navegaran mis palabras
en los frascos de nácar que los sobrevivientes
encargan al vaivén de las sirenas.

A lo lejos escucho
el estrujado celofán del río
bajar por la ladera
(un silencio de jazz sobre la hierba).

Y pregunto y pregunto:

¿Es cierto que allá en Vermont
las noches tienen ojos azules
y lavan sus cabellos en ginebra?

¿Es cierto que allá en Vermont los geranios
otoñan las tristezas?

¿Es cierto que allá en Vermont es agosto
y en este mar, ausencia...?

2.— AUSENCIAS Y RETARDOS

(Magdaléna: yo sé que tú comprendes por qué bajo la lluvia implacable —como si entre las ruinas, la misma música humeara todavía—, de pie sobre los sueños, coronado de bruma, mirando hacia el levante, permanezco).

Las 12 del silencio que pacen tus palabras.
Bajo mis pies las calles veloces del verano.
Muchachas impregnadas de adiós como los puentes
olvidan su sandalia de bruma entre mis manos.

Por los vertiginosos escombros de los años
alguien va defendiendo tu sitio de los buitres
en el mismo trineo que a los parques condujo
soledades y citas de bengala y geranios.

Es tu juglar de siempre, el sinfónico y largo,
el con los más hermosos silencios confundido,
cubriendo con su sombra tu corazón de mármol.

Todo está igual entonces el viento no ha pasado.
Es Lima recorriendo tus pasos que ni el musgo
mientras la medianoche resbala en los tejados.

II

También en las paredes,
en el aire,
en la hierba de vidrio que crece sobre el sueño,
en los relampagueantes tejados del mar.
Cubierto por el moho,
escrito con un hueso sobre la arena húmeda,
sangrando como pájaro en la nieve,
ahorcado en las lianas de la lluvia,
dibujado por mí en los urinarios,
rengueando entre las ruinas,
como el humo sonámbulo en los bares,
andrajoso,
sagrado,
incomparable,
a la intemperie,
indefenso aserrín bajo qué pies mojados,
expuesto a la saliva de los mudos,
a las injurias,
a las inundaciones,
a los codazos de los transeúntes,
al amor:

Tu nombre.

Vaho de hollín perdido en un espejo,
serpiente de mercurio

en el pico roto de un huaóquirí,
tu nombre que cae en la mano de los mendigos,
tu nombre como una llave en el fondo de un pozo,
tu nombre como un ala de ceniza
ardiendo
en todas partes
sobre mi corazón.

III

Más allá de los últimos mástiles ardiendo,
más allá de mis ojos y tus pies y tus manos de yeso,
y tus pechos mordidos por la nieve,
más allá de los jóvenes mendigos
que con babeantes dedos mancharon en tu vientre
el sello blanco del amor:
yo te amo.

Yo me emociono por primera vez.

Yo recuerdo tus ojos de pescado
debajo de esta lluvia que golpea las ramas del verano.

Yo me interno descalzo por el tiempo vacío
mientras la noche cae
como un árbol quemado
y el placer acecha entre las lianas oscuras
desde los ojos de una boa irresistible.
Y prosigo.

Prosigo.

Nadie puede alcanzarme.

Nadie puede alcanzarme cuando enciendo tu nombre,
cuando hasta los cadáveres se cubren de rocío
y yo danzo fatigado y triunfal en redor de tu aliento
que arde como esqueleto de una pira en el bosque.

Escrito está que siempre,
doquiera se entreabran al viento las compuertas,
en el vaso que bebas,
en la luna que vuelques sobre mi pecho helado,
cuando subas a los tranvías
o descieras
estremecida
de los ardientes cadalsos,
o sonrías a solas con los otros
tras una máscara de celofán mojado.

Porque yo soy tu sangre.

La crujiente memoria de las tardes de hotel
donde una toalla de azahar y el gesto
con que la sed desborda los cántaros de cobre.

Y eres tú en el galope lejano de los años, eres tú
quien detiene, quien desboca
los ríos de las noches en mi cuarto.

Y aunque mi rostro apagues en espejos de sangre,
aunque sea una piedra quien te guíe desde un cielo
de barro,

bien sabes que encanezco, bien sabes
qué espejismo palpito cuando pasas,
cuando no, cuando barres la neblina,
cuando inventas la lluvia a través de ciudades
calcinadas.

Pequeña diosa, carne de los cuervos,
agua de mordeduras insaciables,
lávame en la candente ceniza de tu cuerpo,
vierte tu dolorosa palidez en mis manos,

y antes que el crepúsculo descienda
de los bosques
a tenderse en la arena como un lagarto acuchillado,
desgárrate los muslos con mi flecha de seda
y en el centro del sueño deja entonces que me hunda
bajo las plumas rojas y lentas del otoño.

IV

Estatua malherida por el musgo, por el olor
del semen levantado con rapidez de abismo,
ellos son los que escupen tu nombre en las paredes,
los que cuelgan tu vida de un clavo,
los que te sumergen en un río de lava,
los que cortan frenéticos tu mano
que asoma entre las sábanas como grito de auxilio.

Al final de la noche devastada
nadie se inclina a alzarte de las ruinas,
nadie te oye crecer como un incendio
hostil
en los suburbios.

Cuando el silencio avanza como una ola más grande
que el mar,
mientras los mutilados te tatúan las piernas
y tus hombros engrasan tras un viento de alambre,
quién sino yo te aguarda
deshilachado cual un sauce bajo la lluvia;
y después de después,
virgen de moho,
quién sino yo te besa los pies, lame tus llagas,
te libra dulcemente de las vendas oscuras
y al otro lado de tu sombra te ama.

Magdalena

ahogada en la noche de un espejo,
te estoy viendo en los cepos desbocarte,
entre sucias penumbras alquiladas
y antifaces y muslos y quejidos,
a cada paso asiendo mi nombre a cada cuerpo,
piraña atormentada en un acuario.

(No ignoro que los muertos esperaban, al doblar inmediato de cada despedida, para poner el asco de su sed en tu rostro. Si de silencio entonces mis trajines de pez sobre tus hombros, fue porque a los pantanos desnudo y siempre solo contigo fui, monstruosamente hermoso.

Magdalena, tu rostro.

Mientras enloquecías de arena en el rocío, y el insomnio azotaba tus muslos y la luna, con esa astucia propia de los ciegos: yo tocaba tu rostro.

Falanges de la dicha, epidermis del odio, Magdalena, mis manos de leproso).

Cuando de pronto entre mis ojos como
una lágrima desprendida
giras
como una luna en pena
yo que debiera recordarte siempre
el vestido deshecho por los búhos
contemplo las paredes veloces del olvido
los vasos de la luz en el otoño
todo en un gran silencio los milagros las lámparas
ay de la cabellera de las lámparas
que sin tropiezo fechas era por donde luna
el aire que los últimos muertos despreciaron
mi piel tu piel la brisa pegada en el recuerdo
límpiame enciende caigo cuando ven te estoy viendo
ya ciegas las ventanas en jaulas de murano
aún vendada huyendo entre los cactus
los hambrientos tirando monedas a tu paso
mediodías de yodo
crepúsculos lujosos
una antorcha de sombra entre las manos
porque el amor se cava como un pozo
nuestro aliento arañaba la tierra humedecida
tus cabellos peinados por el polvo
las cosas que no puedo decir sin ocultarme
rasgada en un espejo de hotel tu vestidura
violada en las alfombras movedizas

las últimas bisagras de la tarde oxidadas
sólo el placer tendido sobre un río de fósforo
consumiendo las barcas
la pedrería de los atardeceres
en la hierba de arena
y mis 19 años desollándose ardiéndote
como si hubiera llovido por última vez sobre la tierra:
"¡anúdate al torrente de mi sed
no me dejes sin piel sobre las piedras
a qué pálida hoguera condenado
husmeando alguna gruta de sal y vaselina
mordiendo ajenas sombras de azogue sobre
el césped!"
pero no
pero nadie
sin cómo ya soñar sin más remedio
para que hable el olvido te inventó mi silencio
y este sitio es tu cuerpo
luna de miel lamida por la angustia
tierra arrasada el mar donde respiras
y de ceniza el vértigo que rueda por tus hombros
el vértigo que me despoja los gestos
y las túnicas
la sudorosa urgencia que me sube a otro cuerpo
cuando nadie en el mío como un paisaje pálido
ojerosos los soles demacrados
los relucientes años
El otoño gritando extraviado en el bosque
amarillos quejidos descienden de los árboles
pasan rostros ardiendo
sobrevuelan los sueños el cadáver de mayo
y todo sigue todo
se derrumba
bajo tus pies
desnudos

incontenibles
solos
envueltos en la música demudada del agua

Prestidigitadora de las islas, nocturnas
cuando el preludio
cuando la embriaguez
cuando la sangre cruza del crepúsculo a nadie
y las torpes palabras desbocadas:
acaso en tu memoria
sobre la mesa de los mercaderes
yo también
yo jamás
yo para siempre
vaso ya de silencio derramado

**el último poema
de volcek kalsaretz**

(1965)

A Pablo Vitali

Conocí a Volcek Kalsaretz en Pevas, pálido puerto del río Amazonas, a mediados del año 1959. Judío polaco, sobreviviente del campo de concentración de Auschwitz, había llegado al Perú "huyendo de la sombra de la guerra", como él decía, buscando sosegar su memoria en aquella olvidada región de nuestra selva. En los breves días que permanecemos juntos, compartiendo la vida dura y sencilla de los yahuas que habitan allí, forjamos una amistad entrañable. Yo escribí sus recuerdos, el presidio, sus años calcinados, todo aquello que su vida me confiara en nuestras caminatas por los bosques. Cuando nos despedimos, Volcek me hizo prometer que no los publicaría. Hoy, enterado de su suicidio por los periódicos, quiebro mi promesa. Y es como si quebrara mi corazón, Volcek Kalsaretz: tu corazón atormentado y generoso, asesiado por fantasmas que no pudo apagar sino la muerte.

VIEJO TIEMPO NACIDO BAJO EL CIELO

Viejo tiempo nacido en nuestras tumbas bajo del cielo
inerte, cuando la primavera tras de las alambradas
era un sol
verde comido por las ratas, y ni luz ni consuelo
a nuestro corazón encadenado, tú, viejo tiempo
testigo,
no nos abandonaste, no nos abandonaste.

Largos fueron los días que atestados llevaban
a la muerte, como trenes, o largos como filas
de piojos,
sangre del árbol negro, la negra noche de Auschwitz

girando como trompo en la mano de Amán;
una llave caía, una estrella podrida, en la memoria;
eran entonces voces, pozos insomnes éramos
reunidos,
resecos, tapiados como el ojo de la felicidad,
inocentes y muertos y olvidados:
León Braiman, obrero, fusilado,
Luisa Piekaretz, niña, incinerada,
Alberto Goodman, médico, asfixiado,
Sergio Dannon, estudiante, estrangulado.

Volcek Kalsaretz, nadie, todavía.
Inolvidables muertos olvidados: más me hubiera
valido

caer entre vosotros bajo aquel sol inerme
comido por las ratas.
Todavía los gritos me golpean la frente, como hojas
otoñales veo caer vuestros rostros acuñados
por el miedo,
roto ya para siempre como un dique el recuerdo,
inundado mi corazón de ciega luz, rebalsado como
un espejo
oscuro, me afeito en las mañanas, mi rostro no es
mi rostro, ya no
soy más, debajo de mi frente yazgo muerto mil veces,
me levanto,
ando al borde del ancho Amazonas por la tarde,
penosamente, como
si arrastrara mi cadáver, tu cadáver, oh tiempo
innumerable, eternamente.

LUISA PIEKARETZ, NIÑA, INCINERADA

¿Te crecen los cabellos todavía
bajo la negra arena, como arroyo de luz cortada
te crecen los cabellos y los sueños
hacia el mar, el insaciable oscuro?

¿Es tu voz y la luna castigando mis sienes
en las noches sin término, doble sombra de un ala,
es tu voz este estanque de insomnio en que me hundo
como un corcho culpable, sin sosiego?

¿O no eres nadie y todo lo imagino
como esas tardes vividas con desgano; cuando
el tiempo se quiebra lo mismo que un espejo
y uno quiere olvidarse como un día anterior?

¿O a la orilla del mar golpeado por las piedras
eres mi corazón creciendo como una ola
que va a morirse lejos, a la orilla
del mar golpeado por las piedras —máscaras
apagadas que por mi rostro esperan?

CANCION

De mañana, en el establo,
entre las vacas robadas
llora y llora Estrella Weismann:
sólo encontró un niño muerto.

Y de tarde, en el establo,
llora y llora Estrella Weismann
entre las vacas robadas,
sobre el muerto niño muerto.

Y de noche, en el establo
ya no llora Estrella Weismann:
inmóvil y muerta Estrella
con su hijo muerto, en el cielo.

DISCO RAYADO

Varsovia sonríe, la Paz se ha firmado, cantemos,
cantemos la rota canción aprendida, las flores
han muerto, los años han muerto, cantemos
las calles en ruinas felices, el Báltico rojo
de sangre cantemos, Varsovia sonríe en el polvo,
la Paz
se ha firmado, cantemos en ronda de muertos,
los padres
han muerto, cantemos la rota canción aprendida
en las tumbas, los campos sembrados de sangre
florece
estrellas quemadas, los héroes cantan humosas
canciones calladas, cantemos los lagos reseca como
rostros muertos, la Paz se ha firmado,
Varsovia sonríe
con labios de hueso, el Báltico rojo de sangre
sonríe, cantemos en ronda de muertos, los campos
sonríen estrellas quemadas, humosas canciones,
las calles
han muerto sonríen las ruinas felices los años
con labios de hueso sonríen la Paz se ha firmado
en las tumbas cantemos cantemos los cielos
sembrados
de sangre cantemos la muerta canción, la alegría.

A LA ORILLA DEL DRAWA, ALGUNA VEZ

Era entonces la vida como una
jarcia al viento; en los altos establos o en la noche
el día de tus aguas
rodeaba mi corazón, y sobre ágiles campos
de cebada, tú,
cómplice de mi infancia, Drawa de labios húmedos,
inventabas los juegos y los cantos.
Todo nacía de tu mano azul, todo volaba,
oh río de ojos claros, como claro milagro.

Detenerte no pude en esos años, cuando
el amable invierno te extendía como una blanca
súplica,

limosnero de mis pies y las estrellas,
infatigable y luminoso y cálido, duende
bueno girando en mi alegría bajo los pinos
enjoyados como esqueletos de astros; o en
el granero, tú y yo
recostados, prohibidos en el heno, hasta que
las agujas de los gallos
asediaban mis ojos y el sol se incorporaba
como un convalesciente entre tus brazos, brazos de
invierno amable, pecho cándido, prestidigitador
omnipotente: entre tus verdes brazos que
no pudieron tampoco retener esos años, retenerme.

Negra y sedienta hoguera de la memoria en torno
a la cual danzan niños de ojos quemados,
crece hoy en tu lugar sobre las ruinas del
invierno. ¡Cómplice de mis cantos, Drawa de labios
húmedos,
oh río de ojos claros como un claro milagro,
ninguna huella dejan mis pies al recordarte:
al igual que tus aguas, el blanco tiempo del amor,
la infancia, se evaporó en los ojos de aquel negro
verano!

A DROSHKA, DESPUES DE NUNCA

Nunca amada, nunca mía, nunca olvidada y
nunca ajena,
bajo el jazmín que nos negó la tierra,
en la joven casa donde no envejecimos, donde jamás
la luna lavará tus cabellos ni tu risa
encenderá una lámpara o mis ojos, el anhelante amor
tirado sobre el césped como un fruto esperando
la mano
que lo abra, que no será la mía mutilada ni la tuya
perdida
como un guante en el ajetreo de las estaciones,
Poznam 1939, cuando los vagones
cargados de esqueletos y el ululante viento,
el ululante viento confundiendo las voces,
los destinos, en dónde,
novia cortada, Droshka, ahora que la lluvia
no te moja la cara
ni los caballos se emocionan en los llanos
de Brandeburgo, ni
Joaquín el ciego te recuerda, cuando la última vez,
por los andenes de septiembre, las sirenas,
los aterrados pasos
de los niños, y no fue más, no fuiste más, en dónde,
casas en ruinas, corazón en ruinas
mi corazón cuando te nombra, Droshka, esposa
de las calles

desiertas y los cuartos cerrados como lápidas,
a la orilla
del Vístula hundo en ceniza mi cabeza, acaricio
la frente
de los hijos no nacidos, y preguntan por ti,
y nada tengo ya
sino el deshilachado crepúsculo en los ojos,
un pantalón de drill
y una ventana
que no da al mar ni al viento, que se abre en las
mañanas
día y noche, y por la cual contemplo sólo un rostro
sin párpados,
el tiempo aquel, las calles calcinadas, tu rostro,
Droshka, novia
de los parques sepultos y mi próximo cuerpo,
donde jamás
la Fiesta del Purim, los andenes, los vagones cargados
de esqueletos y el ululante viento,
y el ululante viento, novia cortada, esposa.

PALABRAS PARA UN CIEGO

Pasa por este mundo como si caminaras en el
alambre de un circo lloroso, con el sol en la mano
ten cuidado, no se vaya a caer tu corazón,
recuerda que estás solo al borde de un abismo
insomne, y que al fondo de todo nadie te
aguarda sino tú mismo, un pozo

oscuro, un ojo que agotó ya sus mares en mirarte.

Mírate,
usurpa el sitio de tu sombra,
entrégate,
retente en tu memoria,
ten cuidado,
estás solo.

Vuelve la frente: alguien te llama, sentado
en el principio de las cosas, te dice "anreteadiv",
no le creas, es uno que perdiste para siempre
cuando tus pies sostenían la tierra, avanza
entonces, llévate de la mano a las estrellas,
recíbete como un abrazo que olvidó su cuerpo
en el vacío, cierra los ojos y
mira: el sol pende como un fruto negro, córtalo,
ordena tu morir, ponte la boca,
sube a tu corazón, bebe los ríos claros de tu sangre!

EL RETORNO

Todos los rostros se desprenden
De nuestros ojos caen como cáscaras los años
Sin embargo debemos sonreír como ese espejo
Donde un soplo borró la imagen más amada
Y desteñidos paisajes se aniegan en lo oscuro

Hasta que sentimos sobre nuestros ojos
Las primeras paladas de tierra
La última caricia inacabable
Y nos reconciamos con nuestra procedencia

Así ha ocurrido siempre y así tendrá que ser
Y luego de la helada corriente y luego
De enterrada la luna entre sus aguas
En el siguiente día
El mismo sol que muere por una sola vez
Caerá como un río sobre campos sin memoria

el cetro de los jóvenes

(1966)

*A Javier Heraud,
a Luis de la Puente,
a Edgardo Tello*

LA PUERTA

Alta y gastada puesto que precede
a su propia madera, a nuestro gozne, se abre
hacia las mismas calles que son otras
y los mismos destinos que son otros
y las mismas preguntas.

Por esta Puerta, nadie.
Súplicas inútiles oxidan sus bisagras: los jóvenes
calzados con hierba de relámpago
ni a sus umbrales como
una ola moribunda llegan.

—Nosotros respondemos con la oscura
mano en la despertada
de los que vivirán mañana, de los que
tras la Puerta nos aguardan

¡Ay, entonces (ahora) de ti, de nuestra mano
que como pez agónico en el aire
de los altos deseos hurga y
cae, y cae sin encontrar
ya no la cerradura
sino el fondo, ya no la llave
sino el agua en ruinas, ya no la Puerta
sino el sitio de ella, el más lejano
indicio, la sangre seca
del tiempo que aún no llega!

EGLOGICA

1

Antes estuve aquí. Reconozco
esa música, esta tarde apagada
arde en mi corazón como una lámpara.
Son más esas voces
que me llaman, rostros que creí muertos
retornan a mis manos. ¿Antes
—en un tiempo Otro— estuve aquí?
El sol cae, y se alza como un árbol
oscuro la memoria: bajo su luz
existo, pregunto al musgo quieto, oigo
vivir las hojas. Sobre este césped frío
encendieron sus danzas
los inmóviles, desempolvieron lunas
y deseo, se hundieron en la noche. ¿Estuve
yo entre ellos? (Lo he preguntado a Margaret
y otro rostro en su rostro ha sonreído).
Ahora todo yace
bajo el mar, y cuerpos invisibles
se abrazan en la hierba.

2

Soy sólo el que no sabe y oye caer las hojas.
¿Se dijo "llueve" aquí, cuando llovía?

Una mano en mi rostro
desleído, la negra voz del mar, era
el invierno. En las barbas del padre
como en torno de un fuego muerto
se bebió, se cantaron
no nacidas canciones. ¿Cuándo
el tiempo cesó? ¿Quién fue enterrado
en mi lugar, entre las flores tibias
todavía de la infancia?
Oh, no fue así.
Otros años volvían, otros
éramos
viviendo de memoria, a veces, casi
robándole al mañana. Viejo viento
caído, tu frente rota besan
las copas de estos pinos, y a tu paso
se agitan ya las ramas
de un tiempo no sembrado todavía.
Pero antes, mucho antes, ¿quién camina
bajo mis pies como una larga hierba
jamás hollada y sin embargo
muerta? ¿Qué luna helada guía
mi frente, anticipándose
al cielo que seré, luna enterrada
como una piedra
bajo mi corazón? Oh, no fue así,
no fue así.

3

Déjame, tú, ahora
olas de piedra inmóviles
te bañan, un sol
negro se tiende

sobre el mundo, y sobre el mundo
déjame, bajo la arena
y el pasado, déjame ser el tiempo
que te toque, El corazón
de la felicidad
¿es esta mosca azul entre los hilos
de la muerte apresada?

Soy sólo el que no sabe y oye caer las hojas.
Soy aquel que aguardó incansablemente
detrás de las Dos Puertas. Y soy el que me aguarda.

LOS HUESPEDES

1

Llegamos a nosotros a destiempo.
Nos hemos retenido al pie
de nuestra mano como la sombra
de un mendigo, como copas
nos hemos levantado y derramado
entre las pardas y doradas ruinas.
De súbito, una noche
nos miramos: no hay nadie
en la ciudad, las calles llevan
hacia otro sitio siempre. Los hermanos
se fueron entre el humo
de las flores llorosas. ¿Quién golpea
nuestro corazón como otra puerta
desconsolada
que se abre y no se cierra?

2

Igual que abeja amarga
el corazón, la miel de la memoria.
¡Parques! ¡Oh, parque de Barranco,
sepulto ya para nosotros, florido
para ellos...! Javier, Javier, ¿recuerdas?
César Durand, los dulces ojos fijos

en un sol ciego para siempre, el mar, ¿recuerdas
las tertulias del mar, bajo la tierra?
Y tú, Víctor, abuelo, patria mía, ¿cómo son
las palomas, cómo se dice "siete de la noche", cómo
se prende fuego a un eucalipto
para ahuyentar las moscas, los recuerdos?

3

Sois vosotros la casa, el ceño,
los trajines, el semblante
del aire que consuela
y socava, sois la hora del té, la hora
de la sangre, las amantes, los hijos
que tendremos, los nombres
que se guardan como objetos de infancia.
En nuestro persistir, como en un río
de ceniza, sois vosotros ya muertos
y sedientos, y sois los de hace siempre, eslabones
de infinita cadena cantados por la sombra,
padres de padres, bocas
que en nuestra sed se sacian y habitan
nuestra voz y nos sostienen
como el silencio al mar. El sitio
de vuestro amor es vasto
como el mundo. ¡Oh, ser como vosotros:
si cae la lluvia fina, ser la lluvia,
si alguien llora en la noche
ser sus ojos, el corazón
infatigable y verde
del porvenir, la mano que lo aguarda
al pie de la alta rama, eternamente!

EL CETRO DE LOS JOVENES

No fue el ocio ni el sueño quien nos tendió en
la hierba
que la luna del crimen ilumina: somos Los Que
Llegaron
Después, Los Que Esperaban.

Tierra resquebrajada, las lluvias no llovieron
para ti.
Sólo la sangre te sembró. Y en sangre has
florecido.

1

Esta es nuestra canción.
Hemos visto a los hombres
estrellarse
contra su corazón como una ola
hace ya tiempo yerta, y caminar
debajo de la tierra. Tiempo Que Llegarás:
hemos visto a los héroes precederte,
rociarse con tus lágrimas, atarse
al fuego, arder
para nosotros. Y nada ya
sabemos, nada
sino aceptarlos: manos que no son nuestras
reciben su mandato, y entre el humo

y la pólvora
sus ojos calcinados fulgen
en nuestro rostro, iluminan la tierra
de mañana.

2

Nosotros no encendimos este canto.

—"Toco tu cuerpo y toco
los hombres que en mis manos
tocaron a otros dioses, el pasado
de mi pasado".

Nosotros no encendimos este canto.

—"Toco tu cuerpo y toco
la frente de la dicha como un astro
negado, la ceniza llameante
de los mártires, la lluvia
de unos ojos
que al mirar a la muerte
me miraron".

Nosotros no encendimos este canto.

De mano en mano
a nuestra voz advienen
las rojizas antorchas: nuestra cólera
alumbra
el polvo que otros pasos acallaron.

3

Es tarde ya, es tarde. La misma piel
que aprenden las lámparas del día
o el perfil del venado
en una fuente, la misma piel que tiende
a los amantes: levanta nuestro canto.

Y bajo de la tierra perfumada
y herida, la mano que abre un río
y sostiene los árboles, el vuelo
de los pájaros, la lluvia:
levanta nuestro canto.
¡Poder, alto y perpetuo
pino de relámpagos, roja es tu voz
como la blanca hierba
de la libertad, implacable
es tu amor, nuestro
tu cantol

4

Aun cuando los hijos
de los hijos, bebiendo
apacibles licores,
entreabran nuestras vidas
como álbumes de cuero,
aun cuando las aguas
tantas veces lavadas
por nuestros ojos muertos,
y las humeantes alas
de los vencidos victoriosos:
calzados de peligro, tras nuestra sangre iremos
—aun sin alcanzarla—
por los años veloces y las hierbas.

5

Es tarde ya, es tarde. ¿Quién recoge
el sol bajo su puerta? ¿Quién tropieza
o dispara
o se levanta entre sus dedos
como un rezo de arena?

¿Quién huye sobre los vidrios
de su pasado, envuelto por el frío
relámpago?

Es tarde ya, es tarde. Todos
cantamos. Escuchadnos.

Nosotros no encendimos este canto.
Escuchadnos crecer como un incendio
silencioso

en las aguas, y a lo lejos,
después ya de nosotros, todavía
crecer, ser el camino
nunca acabado, nunca comenzado.

6

Tiempo, tiempo, tiempo
que sobre ti te alzas
y te alzas, interminablemente
como el oleaje sobre el mar: ¿nos dirás tú
por qué, nos dirás
para quién estas palabras?
Hilo que acercas
al futuro y lo alejas
como a una cometa de papel, ¿en qué
mano te duermes lo mismo
que una cobra, te yergues como humo
que la tarde abandona?

Consumida la hora del furor, ya volcado
este atroz candelábro: ¿nos sentaremos
a la sombra de un rostro? ¿Caminaremos
bajo el sol?

¡Caminar, caminar siempre,
caminar bajo el sol
o bajo de la hierba!

ORACION DE LA VISPERA

A Hilda Gadea

Padre nuestro que estás en el fuego,
en el agua, en la tierra, bajo el amparo
de tu sombra crecen los cabellos
del sol y de los muertos, y nada
es bello si te niega, nada existe.
Acógenos ahora, en esta hora
sosténnos y acompáñanos.

Horada, Padre mío, como luna
el negro cielo, nuestra época
oscura, y mi vida
revela
en el vaso que beba, en el puñal
que alce, en el pecho
que acaricie
o

acabe. ¡Oh, no me desampares, Amor, en esta hierba
vengativa que crece
sobre mi corazón. Y siempre seas tú
mi corazón, bañado
por el mar
o por la sangre que mi mano derrame!

PREGUNTAS Y PENUMBRAS

¿Y si de pronto huyeran
el valor y el destino
—como alas— de este pájaro
que me lleva a los vientos
o a la muerte?

Tal vez mañana mismo.

Si de pronto volara
de mi pecho
el corazón, cayera
como llave en un pozo:
¿tú abrirías la puerta, cruzarías
el umbral
a mi paso señalado?

Buscando entre los muertos.

Es a ti a quien hablo,
a ti que creces
como otra larga herida
en mi memoria, a ti que ignoras
sabiamente
los tatuajes de mi brazo. Es
a ti a quien hablo.

El cuerpo del hermano.

Bajo mi cuerpo
tiéndete, acerca tus oídos
a la tierra: ¿oyes cómo mis manos

te deslizan, cómo el mar suena
todavía
desde tu corazón?

Nuestro cuerpo encontremos.

Tras la puerta, otro fuego
devora las montañas
y los hombres. No digas
nunca: "hay tiempo,
hay tiempo". Tal vez
mañana mismo,
buscando entre los muertos
el cuerpo del hermano,
nuestro cuerpo encontremos.

VOCES

—“En el vaso que acerco, en la voz, en el cuerpo
que subo tembloroso, escucho
los designios del Oscuro”.

—“¿Y las violetas pálidas crecidas
al par que mi cabello, entre rostros
borrados por el viento?”.

—“En el paso que doy duermo Su paso,
en el aire que bebo jubiloso
Su negra sangre bebo”.

—“¿Y la felicidad, postrada
al pie de los cipreses, inconsolable
prometida ajena?”.

—“Entre los estertores de la fiesta
otra música irrumpe y no escuchamos”.

—“El hizo los sepulcros
más bellos que las casas
pero nosotros preferimos vivir”.

—“¡Una tea de sangre
entre mis manos
apagará sus ojos!”.

—“¿Habrá viento que ponga
un jazmín, un lamento
sobre mi tumba desconocida?”.

—“Está bien que así sea, aunque mañana
nuestras vidas oscilen
bajo el error, mañana”.

—“Está bien que así sea”.

DIARIO DE CAMPAÑA

A Héctor Béjar

1

Detrás de nuestros actos, como una piel de voluntad sin tregua, somos nuestros propios antepasados. No hay roca que no sea memoria de nosotros, no hay trigo ni lamento que no hayamos sembrado o desgajado. Sobre estos mismos campos donde otros derramaron las lunas de su sangre, y se alzaron los látigos y nadie dijo nada: caminamos. A nuestro paso dejan los muertos de morir, los aún no nacidos respiran libremente.

(Después de aquella vida que en la ciudad vivimos como una muerte a medias, esta otra que avanza sobre el hilo de los disparos en la noche, alta en el corazón, nos reconforta. ¡Oh vida amenazada, golpeada por los vientos, al aire, siempre al aire y delante de sí misma siempre! Tal, en pos de nosotros, avanzamos, somos nuestro destino, la patria de los tiempos. Y desde estas llanuras que son otras, entre los altos bosques o relámpagos, nos miramos llegar, nos saludamos).

¡Saluda, tierra, nuestro paso
que tuyo es: callado
como el peligro, fértil
como tus leyes, revelado milagro! ¡Salúdalo
en la sangre, en la flor que se abre o en la tumba
que se cierra como una flor sin nadie!

2

Han cesado las lluvias. Es noche todavía
en los blancos cabellos
del Warqaqasa, en lo alto, y a los pies
de nuestro andar: las luces del poblado. (Horacio
piensa en su madre, abajo, preocupada y alta
recordándolo). Hoy no descenderemos, dormiremos
al aire de los astros, dejaremos
dormir a los soldados por esta noche, acaso.

3

La soledad es larga entre estos ríos, y a veces
nada sino el recuerdo
de lo que ha de venir nos alimenta. Hoy
los fusiles reposan
como plantas, un campesino trajo una guitarra,
y el corazón jazmín que se deshoja
sólo el peso
de una canción soporta (Amor lo cubre
como una hoja roja, dulcemente).

“Palomitay cuando muera
diré tu nombre callando
para que en medio la noche
tiemble una estrella en mis labios”.

¡Fuego de nuestra sangre, confiado
río que jamás se apaga, corre
sobre nosotros y los campos,
lame nuestras heridas, aguarda la mañana!

4

(Bajo la luna, Edgardo, no dejes de mirar. Nosotros
soñaremos esta noche en tu nombre, y acaso
pasaremos de memoria las playas que te extrañan.
No dejes de mirar. Es cierto que el cansancio
más largo es que la luna, aquí, junto a los vientos,
y si en tu mano
duerme nuestra vida, no existe la tristeza.
No existe la tristeza ni el agobio acaricia
tus ojos encendidos, Edgardo, centinela).

5

Al alba partiremos. Demás está decir, hermanos,
que os extraño, que entre las luces
de la emboscada o del descanso, recuerdo
aquella nave de la ciudad, las noches
prolongadas hasta el agua.
Si no vuelvo a miraros, si mis ojos
—en paisajes sin viento ni reposo—
humedecen los vuestros, quiero decir tan sólo
que al alba partiremos. Otra vez
en el pecho húmedo de los bosques
reclinaremos nuestra frente, teñiremos de lluvia
nuestras manos lavadas por la sangre.
Sea mañana el júbilo en nosotros.
Nunca el odio florezca bajo nuestros pasos.

Sean mañana lejos los tañidos
del corazón. Las lluvias (no los ojos)
apaguen nuestro sueño, nuestro rostro.

¡Sasharaqay, luna de arena
de Sasharaqay: recuérdanos; negra sea tu luz
para los Otros que lamen nuestra huella,
y que al volver
no falte nadie
entre los que dejamos, nadie
entre los que a encenderte regresemos!

6

Pinos crueles de este ajeno invierno:
haremos una hoguera con tus huesos,
danzaremos
bajo del árbol puro de la sangre.
¡Oh, tierra de la vida, única eterna!
¡Recibe nuestra sangre!
¡Guárdala entre las horas que se abrirán mañana!
¡Alimenta con ella las flores, la alegría!

IGUAL QUE UNA GUITARRA

A Norma y Amanda

1

Con estas manos que han cerrado
los ojos de los muertos, las ventanas
que daban al pasado; con éstas
enguantadas de sangre, que han segado
existencias, negros trigales: bebo
la lluvia, el aire
de tu cuerpo. Igual que si tocara
una guitarra —con estas manos mías
que alguna vez abrieron las rosas
del peligro— toco tu cuerpo y sueñas
entre las cuerdas
de otro invierno. ¿Qué canción
escuchamos
manar de ti, Amor, suave
relámpago, en medio de esta aciaga
tempestad o silencio?

2

Amarte al pie de un sauce
perseguido, en los entreactos
del incendio, remansos
de esta época ciega en cuyos ojos arde
la luz del porvenir como el sol

del deseo a medianoche.
Amarte, compañera,
entrar
hacia tus brazos como quien entra al sueño
o al consuelo, como quien entra al mar, al fuego
de un país lejano
y hermoso como el nuestro, ajeno
como el nuestro.

3

Igual que si tocara una guitarra,
una hoguera, la noche
llameante de las guerras: toco
mi corazón, tu cuerpo, pongo
mis manos en el fuego
del amor, y así
nos consumimos, en esa sola
sangre que alimenta
nuestro cuerpo y los sueños. ¡Por ti,
Amor, como anhelantes
salamandras, todo esto: juventud,
cuerpo, sueños, como leños
por ti, sólo por verte
desde ojos más puros, desde manos
intactas, sólo por ver
mañana
más altas y más blancas
las llamas de tu reino!

LA LUNA DIURNA, EL HABLA, LAS COMPUERTAS

1

A nosotros, que nunca fuimos jóvenes,
nos queda solamente sentarnos frente al mar.
Porque sol llegará, o luna diurna, calma.
Sea lo que presagian las enterradas
aguas, esa lágrima
que horada el mar, el ciego
corazón de los nonatos. Y en nombre
de las vidas inscritas ya
de abismo, cristal o polvo honrado,
nos prendamos fuego, nos sentemos
frente al mar
como para decir otras palabras
y no digamos nada
sino que nos iremos
sólo al siguiente día de nuestro último aliento.

2

Luego de estas compuertas que a la sangre
se abrieran, cuando caiga
como párpado el día: nunca será
el acaso, será sombra
el consorte, los domingos, el habla,
y el zapato del muerto caminará quietísimo entre

el humo. Nada hará, sin embargo, que
nos demos la espalda: es nuestro este camino
y lo recorreremos hasta el fin.

Y así fuera esta tarde nuestra última tarde,
cantando sembraríamos los pacientes olivos,
sobre nuestros cadáveres subiríamos
hasta tocar tu rostro
sepultado, sol que ardes bajo el agua
de nuestro tiempo, Padre.

3

Porque fuimos vertiginosos,
nacidos,
condenados,
porque nos demoramos
en la huella pero no en el paso, porque no
elegimos este cuerpo, esta casa
sin muros, esta ola
que nos alza y nos lleva,
porque fuimos hermosos
sin embargo, en los años hermosos
sin embargo, y dejamos que en la casa
de nuestro cuerpo habite
un cuerpo más terrible
que el amor; porque fuimos
de piedra y fuimos agua, y fuimos
fuego y leño, sed y espada, y
fuimos verdes, crédulos, insomnes:
no estaremos en el reparto de la hierba,
no seremos
los que extiendan la mano o la recojan
como al roce de un fuego repentino.
Abrimos una puerta que no atravesaremos;

el resplandor del mundo que se extiende tras ella
no es quien nos retrocede: somos ciegos,
hilo de sollozar cosió los párpados
de nuestro corazón, miramos:
cuerpos aún no nacidos se tienden
bajo los árboles ansiosos que se elevan
hacia otro incendio.
(Flor que fue de vivir y ya es de nadie —el cielo
que se abre desde la tierra húmeda, desde
la hora húmeda y eterna
en donde nuestros huesos desparramados cantan)

EL RECUERDO

Antaño fuimos otros.

Fatigados o heroicos o gozosos, eran nuestros
los brazos
que abrazaban la tierra, los hijos, las batallas.
Y en plaza de jolgorio y de mantos volcados
sobre el césped (Fiesta del Sol, contémplos)
danzábamos, amábamos, borrábamos las lunas.
Después llegó la sangre.
Allende el mar, como otro mar, la sangre.
Olas de sangre nuestra derribaron sembríos
y ciudades.

Manco II, taytachay, contigo
como guiados por un relámpago,
tras la incendiada tela de tu pecho
marchamos hacia el Cusco.
No arriaste el corazón, la cólera, el Imperio,
cuando la infame muerte
—por mil moscas azules precedida—
golpeó nuestros ojos en busca de los tuyos.
No hubo mano ni amor que detuviera
tu hermoso cuerpo entrando hacia la tierra.
Y cien mil veces fuimos, sin tregua, asesinados.
Dejamos de ser libres. Dejamos de ser dueños.
Dejamos de ser dioses.
Las antorchas bajaron la voz hasta dar sombra.

Solo la fría hierba creció sobre los campos,
cubrió los corazones, el sol, los altos muros,
el viento, las edades.

Otros fueron los hombres desde entonces
y desde entonces otra fue la Historia:
manantial de traiciones, años que solamente
ahuyentaron la sed de los cobardes.

EL DERRUMBE

A Walter Palacios

1

"Nadie había en el cielo, papay, para nosotros. Lo mismo que la muerte, los gendarmes llegaron por la noche. Y a defender salimos nomás porque en los campos pisoteaban el trigo y el viento sus caballos. Nadie había en el cielo, papay, para nosotros".

¿Alguien oyó las voces?

Lejos, en la ciudad,
donde ansiosos se tienden los jóvenes estíos
y despiertan con escarcha en los ojos, donde
[la sombra
cae podrida de los árboles
y las vírgenes dejan sus pechos en el sueño
cual sepultadas lámparas; lejos, al otro lado
de nosotros, donde la furia lame como una ola mansa
los tobillos del crimen, en Lima la tediosa
que plañe bajo la garúa
como otra guitarra amordazada:

¿alguien oyó las voces?

(Dime que no se ha muerto, dime que no lo han
muerto, pues sus ojos bebían toda la luz del mundo.

Y si es verdad, no vayas a decirlo. No digas los amores desplomados, eternos, que partieron en flotas de veloces ataúdes. No me hables de la noche que pasa sin sus ojos como pasa un espejo por las manos de un ciego. Háblame de la vida que nace de la pólvora y la sangre. Y a los ojos de todos —del mártir y el verdugo— descenderá la lumbre, sus ojos resurrectos).

¿Alguien oyó las voces?

"Nadie había en el cielo, papay, ni Dios ni luna. Sólo cuando prendieron fuego al pueblo, apartando las rabias y el hedor de los muertos, pude ver: nuestros hijos, que habíamos atado adentro de las casas para que no los mataran, nuestros hijos ardían como palos asustados entre gritos y techos encendidos cayendo. Qué lágrimas serían nuestras lágrimas, que avivaban el fuego... Esa noche, ahí mismo, con estas manos me arranqué los ojos, papay, con estas manos".

¿Alguien oyó las voces?

2

Lejos, en la ciudad, aún más lejos, un desencadenado saxofón soliviantó esa noche a los inmóviles. Y dijo La Doncella De Los Ojos Mojados:

"Látigo de la danza, enróscate a mis piernas, desenfrena mis pálidas sortijas, los espejos donde humea mi corazón de oro; derribame esta noche".

Y a la sombra de una hedionda trompeta, cierta cobra fantástica ascendió por su vientre la lujuria. ¡Humo y alcohol, aplausos, vaho de cocaína en la penumbra! (Dicen que el Cardenal también respira, y sus manos piadosas, milagrosas, convierten las limosnas en cuerpo de muchachos). La Doncella no ignora que ésta es su última noche. ¡Alfileres de vals en su cintura! La Doncella se quita el pudor, los vestidos, su desnudez mordida por las lluvias. ¡Desconciertos, oleajes, océanos de vals, traspies, humo de axilas y de hierba, salivas! ¡Sangrantes astros, ojos de lascivia, presidiendo la fiesta desde un rostro vacío! Y La Doncella cae, en todo cuerpo que cae, besada y muerta!

¡Inocencia, inocencia, ceniza
de palabras en los labios, no hay nadie
en tantos sueños
quemados por el vino y el insomnio!

3

Aquí hallan lo que buscan los que no buscan nada. Aquí el mago, el astuto, el fatigado, el infante de labios amarillos, el sabio, el deseado, el morfinómano; la pordiosera que perdió su nombre. Aquí la noche, aquí los desgraciados: socios, truhanes, dueños, periodistas, traficantes, señores con corbata, fornicadores de gallinas y de niños azules, yanquis de gelatina, ingenieros, maridos, desfalcadores, médicos abortistas, novias putitas de papel de arroz con su cadete naval, cadetes, cucufatos, marocas, filadelfos, aviadores, casados y solteros, argentinos, etcéteras, frailes masturbadores, miembros de Directorio con auto ne-

gro y cuernos, honestos, senadores, obispos generales asesinos izquierdistas con falda tahúres en retiro poetas al escape, ascos, arrepentidos, hijos de puta, ratas, gente decente, en fin, gente decente.

¡Condenado El Que Escucha, condenado El que
Sangra

como un sol en el pecho: su propia sombra le huye,
duerme solo, y el rostro de la muerte
gira y gira en su sueño como un astro sin párpados!

4

"Nadie alumbra en el cielo, papay, para nosotros. No son nuestros los cuerpos ni las sombras, no son nuestros los ágiles caminos, el idioma en que hablamos o lloramos. Sólo cuando en el rostro del ataúd golpea: es nuestra nuestra tierra".

¿Alguien oyó las voces?

Lejos, en la ciudad, El Amante contaba
de su reino de vidrio, ya mar demoronado:

"Puesto que en las mañanas —explosión de los
pájaros

cuando el amor se tiende

lo mismo que otro muerto entre las sábanas—,
puesto que en las mañanas y en las tardes
y en las noches de luna o de abril o de olvido
esta Noche nos sigue como perro de bruma,
y varios siglos dura,

y nuestra sangre es negra y luminosa
como su sangre luminosa y negra: he de decir
entonces

què alguna vez fui hermoso, ciego y hermoso
y ciego todavía. ¡Oh tiempos del regazo
cuando mi cuerpo aún no daba sombra, pasadizos
que huelen a blancura de casa de la infancia
y lágrimas
de abuelos ahogados en el té de la siesta...!"

Nadie escucha al Amante. Sus palabras en vano es-
carban nuestros lentos corazones, dibujan dulces ros-
tros ennegrecidos ya por las estrellas. (¿Será verdad
que en las calles de San Telmo sus ojos atisbaron el
olor de la dicha? ¿O fue bajo una encina del Barrio
Los Leones?). El Amante ahora sonríe a grandes vo-
ces, se aturde entre sus piernas, y su memoria cae
como la lluvia sobre los arrabales, hasta una breve
casa frente al mar donde él morirá sin haber cono-
cido el amor.

¿Alguien oyó las voces?

Tras el viento podrido de las conversaciones
(palabras como hojas cayendo en una tumba)
¿alguien oyó las voces?

Máscara de asfixiado oculta nuestro rostro
nacido para el viento y el sol de las vendimias:
nuestros ojos, más bellos que el futuro,
comidos por las noches y las ratas.

5

¿Qué hago entre estas noches, qué hago entre estos
días,
oh luminoso y ciego corazón, niño que llevo
muerto entre los muertos?

Llameante campana, alta como disparo,
anunciadora
de la tierra, del sol y del castigo, ¿hasta cuándo
escucharé tan sólo
el tañido de las lunas que ruedan
en la cubierta de los barcos perdidos?

(El Mutilado cree que sólo con sus manos
se ha de construir el mundo de mañana,
y devorado el pecho por dulce y muerto fuego
hurga en los basurales, con bellísimos ojos,
la conservada lágrima,
el diamante del aire, la palabra
que ha de encender la sangre).

¿Qué hago entre estas sombras, qué hago entre
estos días,
obscena, santamente, eufórico y vencido,
empujando mi cuerpo hacia la muerte?

¡Oh Noche solidaria, oh vino de la noche
envenenado:
sangre ya de mi canto y de mis labios!

ELOGIO DE LA FURIA

A Juan Pablo Chang

1

Porque los grandes actos
se cumplen en la víspera, voces desenterradas
alzáronse de pronto entre nosotros:

¡Apu miski yawar,
qespichiway yawar,
auqay kunamanta!

¡Todopoderosa dulce sangre,
líbrame, sangre,
de mis enemigos!

Fue entonces que nos vimos por vez primera
el rostro, avanzando entre antorchas:

¡Apu miski yawar,
qespichiway yawar,
auqay kunamanta!

"... Dueños somos, ahora, papay, de nuestros campos.
Los fusiles que ayer nos derribaron, arden
en nuestras manos.
Los ríos y los hombres nos defienden,
los montes y las noches,
y los dioses nos siguen como **allqos** asustados".

2

(En vano hollarás otros países, puertos melodiosos de donde el mar huyera: la Ciudad ya es tatuaje pegado a tu sandalia.

Hay alguien que quisiera morir entre tus brazos, y porque bien lo sabes, Huidora, abres tu vida al viento que regresa de los años, intacto. Pero al otro lado del mar, sobre estas mismas calles de pesar y de bruma, bajo los mismos árboles, caminarás interminablemente. Por ello, y sin embargo, has de sobrevivir a la catástrofe. Y luego de apagado, Los Hijos en tus manos beberán este incendio).

3

¡Apu miski yawar,
qespichiway yawar,
auqay kunamanta!

¡Tiembla tú que a lo lejos,
¡Apu miski yawar,
Weraqocha sangriento, talaste
el árbol de oro, nuestra raza!

¡Qespichiway yawar!

¡Tiembla tú que esa noche, sobre los huesos
de los mártires, entre el césped
mosdisqueabas la luna!

¡Auqay kunamanta!

¡Y tú, Verdugo, tiembla:
desde todas las tumbas y los siglos,

desde todas las piedras y los cantos,
un viento de cuchillos contra ti se levanta!

¡Apu miski yawar!

¡Vuestras casas y vuestras religiones
y vuestras leyes y vuestros soldados
caen ya sobre vosotros como una ola en llamas!

**¡Qespichiway yawar,
auqay kunamanta!**

4

Lejos, en la ciudad, El Dichoso detiene
transidos quehaceres, su corazón
se cierra como libro vacío.

El Soñador despierta: látigo
de insomnio le acaricia la frente.

El Vidente tropieza con su propio cadáver.

El Amante se olvida de sus cuerpos
y avanza dibujado de angustiosa candela.

La Doncella se mira y no halla a nadie.

El Quieto se levanta: de sus hombros
caen veloces caminos como túnicas.

El Infame hace a un lado las lianas
adornadas, pendientes
de suicidas, y se apresta a fugar:
sólo el abismo se abre bajo sus pies dorados.

Y ante el abismo todos —con una misma frente
contra el muro que separa el día de la noche—,
ante el abismo cantan. La música
los ahoga de vidrios. Ellos cantan:
"Quebraremos la rama del agobio
con manos que perdimos,
con bocas apagadas besaremos la hoguera".
Y es en vano. Es en vano.
La lluvia ha desteñido sus canciones, la sangre
sus promesas.
Ataúdes cerrados, ataúdes vacíos,
son sus pechos vacíos y cerrados.

¡Apu miski yawar!

¡Tiembra tú cuya boca permaneció cerrada!

¡Qespichiway yawar!

¡Tiembra tú cuya mano permaneció cerrada!

¡Auqay kunamanta!

¡Tiembra tú cuya vida permaneció cerrada!

¡Apu miski yawar,
qespichiway yawar,
auqay kunamanta!

¡Tiembra tú cuya boca permaneció cerrada!
¡Tiembra tú cuya mano permaneció cerrada!
¡Tiembra tú cuya vida permaneció cerrada!

SABADO DE GLORIA

1

—“Señor, yo sí soy digno
de los que por mí fueron y cayeron
sobre su pecho abierto, allá junto a la piedra”.

Las misericordiosas dormitan a esta hora
y los cánticos yacen entre mantos y rezos.
Solos hemos quedado, hemos quedado limpios
como un espejo ante otro espejo.

Los hermanos han muerto, los otros han huído
con su noviazgo a pausas, su entrepierna
mojada, sus promesas.

Pero la noche es larga, y la cruz de madera
como el fusil o el alma de los asesinados,
y hay traspiés que iluminan igual que la victoria.
Conservemos entonces

la mirada insepulta de aquellos que supieron
caer
y no han caído.

Mientras la hora de las plegarias y la boca
del ebrio, y las hogueras
de venganza y chamizo se encienden y se aciagan,
al pie de este cadáver idéntico a nosotros
dejémonos, bajo su altar quemado.

A la señal del alba, abandonaremos
estas naves oscuras, los ídolos de yeso

(no a salvación nos llevan por los secos oleajes
de la misa), saldremos a la plaza, viviremos,
(sino a costas que sólo pies llagados reconocen).
A nuestro paso encenderán los tristes sus castillos
y un árbol de relámpagos
nos brindará su voz, confianza y sombra.

Señor, yo sí soy digno.

2

¿Dónde están Los Que Hablaron, ahora
que desde flores calcinadas miran
mi tierra seca los primeros muertos?
(Javier, Edgardo, Enrique, derribados
como cruces de verde pinø sobre el césped,
pateados, despoblados, no los jilgueros pósanse
sobre su corazón, no sus canciones
guían a los veloces guerrilleros. La tierra dura
los acaricia y cubre. Ni nostalgia ni sueño
sacudirán su rama sobre los cuerpos
quietos, abono de los prados
y la cólera, parte ya de la tierra
de nuestro corazón que los recuerda).
La noche siempre es larga, y hay traspiés
que iluminan igual que la victoria.
Canta, Sábado, esta víspera amarga, revolotea
en torno de nuestro fuego, y canta.
Mañana volveremos con las voces unidas
y los brazos, y ascenderán a ser
los que ya fueron, engomarán sus miembros,
su corazón resquebrajado,
y cosiendo los pies a sus pisadas
escucharán tu canto.

Fue entonces que los cielos se abrieron
y el sol volvió a nacer, absorto
árbol

sin memoria, delante de nosotros.
¡Altas aguas ardiendo, copa rota, corona
de los cielos, río insomne
que cruza ciertos sueños!

—Acaricia,

amor mío,

esta hora sin rostro,
el futuro al alcance de la mano, mira
esta luz que nadie puede ver, ese ocaso
en donde el mediodía se demora,
mira esta lluvia que no moja a nadie
sino a los que se aman y mueren y renacen,
dame la mano, poesía, acércate
y deja que te habite, deja que al pie del árbol
llovido de hojas mudas, bese
tu corazón, tu cuerpo, niña
de ancianos pasos, cielo perdido, tierra.

Tú, mi respiración, mi pensamiento, mi origen
y mi océano negro y dorado, aléjate
para seguir buscándome en tus aguas.
Porque bien sabes que después de ti
a nadie nombraré con estas manos,
inconsciente hermosura
en donde ciego, alumbro, y muerto
canto!

pedestal para nadie

(1970)

A Carlos Delgado

*a manera de prólogo
o
ciudad de los virreyes,
mil novecientos y tantos*

Pero esta noche Clayton es tan sólo una carta
entre cuyos renglones deambulan
tres o cuatro carajos, referencias
más o menos precisas al por qué y para qué
y la sueco-rumana descarada
que hizo de mi vida el paraíso
más negro de que tengo memoria.

Ingenuamente Clayton
quema sus naves en la quinta página
y habla de la vida
que puede terminar en el amor, aunque supone
que hemos de estar en pie toda la noche
para alcanzar esa aurora.

Carta la suya que no leí antes
debido, me imagino,
a un sorprendente instinto de conservación
(y también, aceptémoslo, a que ignoro el inglés)
ya que se insiste en ella
sobre lo que subyace debajo de los muertos:
el arte no es el mar sino tan sólo
lo que sostiene al mar y flota en él,
y me pregunta Clayton, se pregunta
por qué nos es tan duro vivir en este mundo
y luego de maldecir la reputación

"maidenform" de las limeñas,
a fin de cuentas qué sentido tiene,
por qué debo morir.

Entretanto es de noche, no hace frío
y han pasado tres años.
Puedo decir que vivo, que he vivido
como un condenado,
que escribí unos poemas aceptables
y mandé traducir
el postergado y largo mensaje del buen Clayton.
Tres años han pasado, se han pedido refuerzos,
distintos personajes dicen las mismas cosas,
la sueco-rumana fornicia en la platea,
alguien grita y se arroja desde un palco,
llueve en el escenario,
el público cansado de aplaudir y pifiar
se entretiene en desvestirse mutuamente
como quien quiere la cosa.

Y yo dale que dale, impenitente,
cubierto de basura, preguntando
por qué debo morir.

Cosa grave, dirás,
cuando ya no se busca el famoso sentido de la vida
y se rastrea en cambio
una razón para irse al otro mundo.
De allí que esto no sea
sino una piedra para romper semáforos,
una señal de alarma:
nada de soluciones
aunque alguna palabra por su cuenta
se lance a quitar hierbas del camino,
puesto que no hay camino,

puesto que mi camino son mis pies
y tus pies son el tuyo.

Aquí entiendo por qué te hablé al comienzo
de Clayton y su carta:
todo este ansioso tiempo que pasé sin leerla
he caminado sobre el mismo sitio,
como suele decirse
estuve cavando mi propia tumba.

¿Tú podrás explicarme
cómo fue que concebimos la peregrina idea
de vivir, la pendejada del amor eterno,
destinos reducidos a saliva?

Séame permitido recordar, ya en escena,
la platea colmada de verdugos,
oir sus manos rotas aplaudiendo
la caída del telón sobre nuestras cabezas,
la triunfal seda de la guillotina.

Séame permitido recordarte antes de ello:
vasto gemido de oro
en hoteles cubiertos por la nieve,
y recordarme, verme: zapato desconfiado
dibujando tu nombre entre las hojas
de la Place des Peupliers.
Creía, entonces, cosas.
Buscaba una palabra para sobrevivir.
Era París entonces un altillo
del Hotel des Nations
y el amor como un pozo que cavamos a golpes
en las noches feroces
sin saber que la vida requiere de la muerte,
muriendo sin morir.

Si alguien ahora nos preguntara
qué cosa es un altillo, una moneda,
Frank Sinatra cantando por un franco
en el Relais de Odeón,
tu memoria sonara como una casa sola
y yo envejecería, estoy seguro,
en algún aeropuerto de esta tierra, esperándome.
Clayton tiene razón:
las únicas estrellas nos aguardan
en el fondo del pozo
y sólo son posibles cuando ya no lo son.
Nadie durmió jamás en un altillo.
París no existió nunca.
¿Qué cosa es una noche frente al mar?
No hay más ciudades que esta ciudad vacía
ni más sueño dorado que el insomnio,
estos papeles húmedos y vanos.
En las casas de cita, a estas alturas del verano
se insiste más que nunca, hay buenos tragos.
Y si no hacemos el amor este año,
al menos, mirando hacia otro lado
haremos el amor.
No estaremos en pie toda la noche esperando
la aurora. No por ello, querida,
seremos más amargos,
no por ello seremos menos ágiles.
Acaso así encontremos una buena razón para morir
y dejemos de ser
el cuerpo solitario en la ribera
para ser la ribera, el río mismo,
dos cuerpos abrazados que al hundirse
se salvan.

CIRCULO

¿Qué saben, sin saberlo, nuestros hijos?

¿Qué batallas regresan de perder?

¿Qué destinos han visto, que nos llegan
malheridos y ciegos a la vida?

Porque los hijos, nuestros hijos, salen
por la puerta de un goce
que más tarde penetran.

La noche de su amor es la venganza, preñan
con furia de retorno, y es en vano.

Padres que han muerto, nuestros hijos, nacen:
llegan llorando, como si se fueran.

RELOJ DE ARENA

En el instante en que él abrió los brazos
al mundo, lo enterraron.

Suyo era el ojo de las esmeraldas
cantando en la otra orilla. Lo enterraron.

Y acaba hoy de pasar por la pradera
donde las tenebrosas lo persiguen
año tras año, le dan alcance para siempre.
Es un caballo ya sepulto, de humo
su estatua perdurable.

Acaba de pasar por tu nostalgia.

La presa desdeñada persiguiendo el destino
de un disparo, duende y perfil que huye
sobre la tierra que huye, el amarrado
llueve desde sus ojos que te buscan.

En el circo vacío, bajo los reflectores
moribundos.

es un trapecio que persiste a solas.

Dale la mano, súbelo, protégelo
ya que es su propia madre, la caricia
que olvidó el primer día, al retornar
de un viaje que no pudo emprender nunca.
No lo dejes ir solo, que te lleva
con él, que te regresa

y es un tanteo atroz en la penumbra
(encuentra en su gaveta, entre memorias,

un cuerpo intacto, tibio todavía,
y se desasosiega, es unos brazos
que soportan de nuevo aquel peso inefable,
pero despierta y halla
sólo una cama en blanco en la carta vacía
y siente respirar, al lado, a nadie)
apenas un tanteo en la penumbra,
una soga en un árbol,
esa sombra que salta sobre el muro.

Pero antes, pero ahora, pero siempre
acaba de pasar, jamás acaba:
él es esta mañana de sol, aquellos pinos
que dan ganas de no morirse nunca:
él es el río, el puente, la pareja
que se inclina por última vez:
él es un ruido apenas en el agua que pasa.
Dale la mano, súbelo, protéjelo
debajo de tu frente, que está ciego.
Concédele un instante para que abra los brazos
al mundo, que está muerto.

EDIPO CIEGO

Con ella se ha acostado en aquel cuerpo
donde un padre retorna, sin saberlo
ha mordido su cálida cintura,
la vieja cera de un amor sin nombre
gotea entre sus piernas abrasadas.
Con inútiles paños ha cubierto
aquel espejo donde
envejece de pronto, poseída
por la capa del Rey. Tiniebla es el recuerdo
y los cuerpos jadean sin memoria
pero luego conversan en el muro
sus sombras, viejas cosas, y se sientan,
velan la breve muerte de los hijos saciados.

PEDESTAL PARA NADIE

La Señora que aduvo siempre en hija
o en nieta, nunca en madre, o en sus bucles
de mármol,
en verdad en verdad es de ceniza,
se deshace y se aleja como montón de viento

y la Señora es viento entre dos vientos
y un repique, al borde, siempre al borde
de pararse en la punta de un cabello
como la cuerda de un reloj o como
algo de cualquier cosa que ya nunca.

FABULA

»

El Rey escucha sólo
los pasos que se alejan, los disuelve
en su sueño,
ignora que es un sueño inacabable.
Soñando despertarse, un río de oro
cruza, corona roja, sobre el mundo.
Se despierta entonces y su muerte
desencadena el alba, la matanza.

RESONANCIA

Hoy que él ya duerme, pues que vela siempre,
ocupo un cuarto en ruinas, una ausencia:
la alta silla prohibida, la del Sabio Decreto
dictado bajo el árbol
que agotaron los ojos de los siervos.

(Aquel pie que resbala entre los muertos
es mi modo de andar, es esta vida.
Desmoronado ya, él en su estatua
nace de otra caída,
pero sólo la hierba es memorable,
araña delicada, su hilo pánico
—la narración de nuestra oscuridad—
al fatuo pie de mármol lo desanda).

La silla es brasa, soledad que reina.
Mi cuello titubea bajo el árbol:
la vida, así, trenza una soga, llama.

DOS MUERTES, UNA SOLA

Es impasible y es desesperada
la prisa huraña de la madre quieta
que tras de sí, pero a la inversa, arrastra
la lentitud del hijo, su obediencia.

Inocente y terrible, él, que se deja
llevar
de otros cuidados y otras penas,
prepara sus traiciones delicadas.

Todavía sus pies pisan la tierra
con los pies de la madre: añora
una ciudad deshabitada, una prohibida
casa, cierta puerta.
Ella camina casi muerta, lo anda
por tres rumbos de azar, por tres tristezas.

Es impasible y es desesperada
la lentitud del hijo, su obediencia.
Y padre, al fin, de todo
lo que acaba,
la ve avanzar, la ve morir, la vela.

LA HUIDA A EGIPTO

La voluptuosa sombra cuyos cuerpos
en uno se extinguieron, prosigue
tres caminos a la vez:
el asno blanco avanza contra el tiempo
lluvioso de los padres, y a favor de la sed.
El único refugio de los que huyen
es el recuerdo de su desamparo, buscan
una caricia cana en la frente del hijo
que ya no es más.
El final del desierto es reencuentro:
dos caminos regresan a la vida
cuando el otro, ya muerto, los alcanza.

BOCAS, MANZANAS, MARES

A Saúl Peña

Rómulo y Remo ignoran
en su boca
que son su propio río, y persiguen
otra sombra en la sombra.
Fundan así los mares, sollozando
como si obedecieran a unos ojos extraños.
**"Y qué cosa es la dicha, desventura,
sino la sensación de haber perdido
otro tiempo —sin años— en la tierra".**
Ellos no escuchan: cumplen.
Ellos no son: aguardan.
Sus pies dan cuatro huellas, rasguñadas
caricias en la piedra.
Entran al seno de la amante y caen
dos manzanas en la infancia.
Amaestrados por indomable tristeza
cantan bajo la luna
hasta perder la voz y la memoria.
Mas los labios no olvidan.
Los labios entreabren otra sed.
Los labios recomienzan con la muerte:
murmuran un secreto que al abrirse
se guarda.

OJO DE ESTATUA

Quien llegó tarde de su oscuridad
no ha de tener memoria.
Sus nombres y sus cuerpos jamás se encontrarán.
Solamente en el agua
serán sus iniciales grabadas a navaja.
Una ola vacía le ha de caer encima
de los ojos, encima del corazón.
Será sólo una boca sobre su propia boca
la puerta inesperada por la que entre
a morir. Y morirá
sin saberlo, como quien recoge del mar una callada
caña, un pez opaco.

MUY POCA FRENTE PARA TRES CORONAS

Burdel, púlpito y mármol, la dichosa
capa caída en un peldaño, pasa
en su rodante trono a la pendiente
que se acerca, la sola.

Indiferentemente rumbo a nadie
va su penumbra en esplendor, de prisa
pasa caída en un peldaño, capa
que ni sus propios pueden ver, la pisan.

Al fondo humea un vals: alguien la llama
de memoria, una boca que se ahoga
mientras al borde del abismo bailan.

Y tarde, pero a tiempo, la deudora,
burdel de mármol, púlpito de mármol,
mármol ya de ceniza, entra en la sombra.

NATURALEZA MUERTA

De un incendio venido, ya llegado
es apenas memoria.
Ello, posiblemente, es
que se aleja.
Y regresa tan sólo para verse
partir (su cuerpo se apresura
dentro de un cuerpo de madera sola).
Eso es todo, un recuerdo
de hojas descoloridas,
el aire que derriba
un candelabro en el mantel mojado.

ELLA, LA MUY SEÑORA

Al piafar el verano, las yeguas
y los príncipes en celo, ella
era un rechazo, un frasco
de caramelos en lo alto del armario.
Sólo se daba, generosamente
como una hermosa sogá de patíbulo.
El mar sediento y los alucinados
se alimentaron de su boca,
los amantes voraces, de su vientre,
y los dichosos
de sus ojos largos como una larga lágrima.

DETENIMIENTO

En casa del Antiguo despertábamos
con la memoria y luego
con los ojos: vivi6se all6,
vel6ronse cumplea6os infinitos.
Matar a un hombre —por aquellas cosas—
ser6 volverlo ni6o, devolverlo:
los cuerpos en la noche, a cierta hora
resplandecen
y hacemos el amor como que hacemos
un anticipo al tiempo de la muerte.
Porque a la casa del Antiguo —l6pida y hierba—
el verano se acerca, est6 en el patio
y se acerca el invierno, la confianza
de que nada nos puede ser negado.
Pero no para esto hemos venido.
La casa del Antiguo bajo la tierra duerme
y entre esos mismos 6rboles, velado, alguien
que ya no somos se entristece y aguarda.

La lámpara en el fondo del mar
es la única estrella de los que sobreviven:
esta leve demencia con que escribes
mientras las cosas en el cuarto pacen
igual que en aquel tiempo.

Fuiste el hermano que se quedó solo
entre delicias de anticuario, regalos
del desdén que se marcharon
contigo, y que regresan
hoy, lujo y minucia de la infancia,
mi alegría
pavorosa. En la fiesta
que se repite inacabable y pasa
como el temblor de una cortina, como
la súbita sospecha de una muerte,
piensas que puede hacerse realidad
aquella sombra tras la puerta. Aguardas.

La soledad retumba afuera.

Colocado de espaldas a la puerta
que no es al fin y al cabo sino otra
de tus máscaras, puedes mirar tu vida:
la sospechosa quietud de las ventanas
después de la lluvia, y los años
pinturas que encanecen
sobre el estante sin flores. Puedes
mirar tu vida, el ropero que calla

algo de pánico, algo suave que cae, el desencanto
de un niño
hasta tus pies, como mano vacía.
Y sobre todo, puedes mirar
el abrigo en la percha, esperando
que te levantes para siempre,
cada vez más parecido a la vejez.
Un puñal viene al aire, en la penumbra
incluye entre sus triángulos a un niño.
Soy el hermano que se queda solo.
Nos hemos despertado a medianoche
y hemos hallado en el espejo a nadie.
Tus únicas reales pesadillas:
no haberte muerto a tiempo, haber amado
cuando el amor era una cuerda fúnebre,
un caballo salvaje entre las flores,
no son visibles en la noche.
La soledad retumba enorme afuera: son los años
perdidos, las piedras
arrojadas contra el río
que permanece fiel, que nunca pasa.

UN CUERPO A SOLAS ES UN CUERPO QUE HUYE

Un cuerpo a solas es un pozo que huye
hacia sus propios bordes, desde el fondo
de su atroz compañía. Es una pena.
Acaba el día y la noche acaba
con él, que nunca duerme, que se vela.

El columpio de un niño
y la soga suicida en el árbol que tiembla
se mecen con su misma dulzura
inexplicable.

EN EL CENTRO DEL CUARTO, GENTILMENTE

Tras la puerta no hay nadie.
Al final del teléfono no hay nadie.
Pero la puerta se abre, y pasa
el tiempo,
entra en tu cuarto, desordena,
ordena:
tú vas hacia el teléfono, contestas

CADA DÍA ES UN POZO, EL FONDO DE ALGO

Cada día es un pozo, el fondo de algo
que duerme ya sin ojos, nos acecha.
Cada día es un poco de tierra
que cede.
Cada día que pasa es una lástima.
Cada día es la puerta de una casa sin muros.
Cada día es un sol a medianoche.
Cada día alguien pone
sobre un rostro
un espejo:
tú eres el vaho que el cristal aguarda.

UN CUARTO BAJO EL MAR, AQUELLAS COSAS

Afuera, en el espejo, llueve.

Es el tiempo que pasa, son sus ojos.

Como si cada instante fuera siempre
y no dos cuerpos que se hunden,
alguien se aferra a tu existencia, nada,
te abrasa entre las aguas.

Tú también te resistes en la noche que trae
vestigios de otras noches, una frescura
penosa, de mausoleo lavado por la lluvia.

En la memoria, esa ciudad sin nadie
se desmorona todavía

bajo el mar, y vuelves a rendirte
hacia la sombra, callada

flauta de remordimientos. Te inclinas
hasta el sueño, eres allí esta isla que renace
siempre, como un cuerpo, al deseo.

Pero otra sed, otra lluvia, te despiertan.

Y crece una sospecha detrás del biombo como
alguien que ha muerto mientras tú dormías.

LOS UTENSILIOS PROPICIOS

Un árbol inocente, alguna cuerda.

ESPEJO EN UNA CUEVA

Pueden verse sus huellas en la piedra:
todo lo hacían juntos y en silencio.
Pero se complacieron con su boca, tejieron
un idioma por donde entraba el frío
y cubrieron sus cuerpos, olvidándolos.
Fue entonces que se hablaron
y dijeron
"alejémonos de aquellos
cuyas miradas nos engañaron".
Y según aseguran sus historias
(huesos esparcidos por la tierra)
nació la soledad.

TRAS ESA VOZ NO HAY NADIE

Y decir que los gallos están cantando todavía
tras de la sosegada, tras la breve,
fuera irse, de ciego, con dos flechas
y ser uno la presa, uno el ojo anhelante
y uno mismo, a la larga,
el apetito de la hoguera, las burlas en la noche.
Andando a dos, a uno, en este viaje
da la huella su pie y el peral su olmo
a expensas de aquel pérfido equilibrio.
Deviene así en redor, lóbregamente
una sombra sin cuerpo.
El desasido, el ínfimo, degusta
su propia infinitud que se deshace:
ya lágrima horadando la montaña.
Y decir que los gallos han cantado,
decir que están cantando todavía!

PALABRAS A LA MUERTE

Mi ventana hacia el sol,
mi piel,
mi dueña,
nomás por ver tus ojos he vivido.
Nomás por ver tus ojos
que no veo, he vivido,
mi vicuña dormida.
Nomás por escucharte yo he vivido,
mi esmeralda en el río,
mi silencio,
mi boca.
Por escuchar tu canto
que no escucho, he vivido.
Tu palabra es mi lengua
entre la tierra.
Tu mirada, mis ojos
que se han ido.
Nomás para vivir en la penumbra
sin verte, sin oírte,
yo viví tanto tiempo en la penumbra
sin oírte, sin verte,
mi dueña,
mi última vez,
mi señorita de alas negras.

ANTE UN RETRATO

Nadie tendrá jamás esa inocencia
en los ojos,
aquel ramo de flores sobre el mar.
Nadie podrá mirar nunca más lejos
que esos ojos hundiéndose.

Nadie tendrá jamás esa sonrisa,
este gato invisible saltando
entre la casa, esa mirada de humo
con que hoy me enfrento a un espejo que arde.

Su muerte fue, como su vida
un tardío invitado, cierta sombra
detrás de la cortina.
Su muerte fue infinita
y deslumbrante como su vida amarga.
Pero nadie se atreva, aquí, a llorarlo
como si fuese ya un recuerdo, un muerto.
Lo verdadero del corcel que huye
es el estruendo, no el ala sino el vuelo,
esta mirada de humo
con que me enfrento a un espejo que arde:
en la pared, su rostro es una pena:
las telarañas crecen a sus costas, y todo
se desvanece en su color primero.
Bajo la tierra, un río que regresa
se adelgaza
hasta entrar por la boca de una hormiga.

HORA PARA EL ABUELO

Puede Ud. despertarse, la ventana
deja pasar a la estación más triste:
entra una rama tenue, el sol
le da los buenos días con la mano
llena de pasos fríos y de pájaros.

Puede Ud. levantarse, sonreír
a las abejas, al olor del pan negro
y a los vinos de Burgos espesos como parques
donde una sola lámpara, una sola, canta
en la oscuridad, sobre el rocío escarlata,
y su piar es cruel, nublado, fulge
entre las hojas nuevas, solloza
por los muertos, los presos, los desaparecidos.
Una sola en los parques, Rafael, como su vida,
como su cabeza de oso
indefenso, como la hierbasombra
donde se hizo el amor inhábilmente,
como una muchacha perdida
entre los cedros del insomnio y el miedo.

Bien puede Ud. ignorar esas luces
y ordenar el desayuno, bien puede
inclinarse sobre el mantel de lino
como si hojeara un libro herrumbroso
en la noche. Luego pensar que todo se ha perdido

o se ha ganado, "al fin
se acaba este maldito invierno".

Pero no únicamente se acababa el invierno.
Y era inútil decírselo:

Ud. estaba solo dentro de su cuerpo,
solo en sus ambiciones achacosas
y en su bondad que se posaba imperceptiblemente
sobre nosotros. Terco y solo
como el brazo que se aferra, que no deja
tocar, llevarse a nadie, el ataúd.

Puede Ud. seguir muerto, Rafael.

Otra lámpara
canta en los parques ahora
mientras yo trato de escribirle
alguna cosa amable, lejanías.

Entra una rama tenue por mi ventana, pasa
entre jilgueros la estación más triste.

Y en algún lugar, en algún instante de mi vida,
una muchacha viaja sin saber hacia dónde,
se apaga dulcemente, desesperadamente
entre los cedros.

EN PRAGA, HACE UNOS AÑOS

A Moisés Lemlij

¿Qué has hecho de tu vida en este tiempo?
Ya no eres un domingo: canta
tu juventud en una jaula de oro,
niña de alas sonámbulas,
flor pintada en la espalda de los invernaderos.

Alguien ha guardado dentro de ti sus muertos,
alguien ha reclinado su retrato de cera
donde yo puse mieses, vertí mi miel sombría.

Simulado jadeo, mano inhábil
que en lugar de sembrarte sepultó tu destello,
tu mediodía agreste, tus delirios.
Pude darte hijos, robles
de bocas perfumadas por el rayo,
golosos de las tardes perennes y del mar.

En Praga, hace unos años
cierto viento delgado me condujo
a la tumba del rabí Moshe Laam:
obedecí a mi sangre: deshojé, conmovido
un racimo de piedras encima de su nombre.
Desde ese mismo viento me has dicho "tantos años"
y tu voz ha nevado, estoy seguro, al otro lado del mar,
sobre la derrotada belleza de las tumbas.

Pongo en tu voz mi boca, lágrima de ojos largos,

de alma sombreada y vana como el ciprés
entre esas estatuas: caen tus palabras, hojas
sobre el mármol
y eres consuelo, tú,
copa desconsolada en otro labio.
Eres una palabra musitada en el sueño:
te digo en la penumbra, me despierto
diciéndote, pero no te recuerdo.

Estoy de pie frente a tu vida ahora
y es como estar a solas frente al mar
esperando los restos del naufragio:
ordenaste el regreso de los trenes
cuando ya no era nadie en el andén,

ladrona de mentiras entre los escombros
de esta ciudad que entona negros aires, baladas
de amantes que murieron sin saber del amor.

Pero esta noche tiéndete
bajo mi deseo, déjame
caer como una piedra en el centro del agua,
en tu cuerpo que expande sus ondas, insaciable
déjame, sumergido, que me vaya
contigo, trenzados de artimañas, hacia el sueño.

El césped de las ruinas, ese verde silencio
nos llenará la boca y dormiremos.

Obedezco a mi sangre: entro a tu vida
con un ramo de piedras en la mano
y sé que al otro lado del mar, al otro lado
de lo que no seremos, el sol canta
en la tumba del rabí,
la nieve se deshace bajo el viento delgado.

VALS TRENZADO

Yo vi nacer

un muerto en tu memoria
a dos metros de mí no hay nada sino niebla
bajo los pinos cuentos
del Congreso
de Lima ala de cisne sobre la frente
de los dormidos

ciudad fortalecida
mi sangre por el miedo
y la garúa
esas banderas rojas

lo vi
caer

lancé una piedra el miedo.
azul esta flor
tenebrosa

contra las balas

tú te revolcabas en las alfombras, lejos
yo lo vi derrumbarse
entre tus cabellos desgredados por la luna
dormías
desde hace cientos de años
sin saber que esa sangre era la víspera
no hay nada sino niebla

**y los hermanos que jamás
volvieron**

desde hace cientos de años
no hay nada sino sangre **en los palacios**
nada **en las casas de cita**
sino sangre **donde te devestías,**
redondeabas
moneda **el mundo**
que se devuelve **a semejanza de tu alma**

Vi caer a Javier
a cientos de kilómetros
de mí abrías las ventanas
en un hotel de cera, llamabas
desde entonces **al verano**
estoy solo **con la boca llena de ceniza**
y nadie respondía
sino la lluvia
gastada queja **sobre los suburbios**

Después
Edgardo **y tú haciéndome señas**
abierto
junto a
Luis
entre
la
la nieve **desde las azoteas luminosas**

Víctor con su candor igual a tus callejas
sin cólera y sin sueño
y sus tijeras abriéndote
de piernas

a cualquiera
guardando tus collares
tus estampas

de dios
y Juan Pablo
potente como el alma del oro
asésinado

tú puteabas desde hace cientos de años
de reajo no hay nada
en las iglesias sino niebla

y los señores ordenaban fuego
sus asuntos de chamuscados sueños
pisco y terraza azul
de las guitarras
los virtuosos como
crímenes la sangre

¡y tú dientes de perla cabellitos de ángel!

y tú pereza incienso parables
del robo a ti
que mal me amaste
luciérnagas terribles a tus ojos, moho
de vistosas tinieblas a tu traje, ramera
desposada por el confiado paso de los años!

quise un diáfano rostro me diste
para todos

un retrato sin nadie

quise un canto y recibí
de alas inacabables estas llaves

abiertas a los viajes entré a tu corazón, toqué las
 piedras donde los condenados
 inscribieron
 deslumbrantes insultos fechas nombres
 antes del rezo último y
 la capucha negra
 un canto de perenne mediodía
 de colinas erguidas y apacibles
 de lámparas alimentadas con sangre
 libre
 para todos
 no tu saliva no tus pechos mansos
 como un soborno
 ni tu "bella es la vida la libertad el coito"

 agonizó
 tres noches no tus tardes mentidas
 los demás tus huéspedes
fueron echados
 a los buitres condecorados
 pudo verlos
 tres noches
 y tres días
 hasta que
un plico pardo tu alma cómplice
le buscó el corazón

 Tuyo es el cielo último destello
 bajas del vinagre
envuelta la cabeza algazara sangrienta
 de arrebatos
 y flores
 paseas
 entre mis muertos

tu insolente vetusta despiadada belleza
desde hace cientos de años

no hay nada alma vacía
sino sangre tres veces coronada
por mi gravísima culpa

sonríes
en la feria
doradamente
danzas yo no he muerto
jamás

entre los pinos
sin saber
que es la víspera en tus alamedas umbrías
donde no paz ni primavera
pródiga sino un paso temible
sobre el césped sin sueño

sentenciada

es la víspera
no he muerto en tus deseos, en tus patios
donde los niños crecen como escombros
ah mi caritativa
ni entre los manantiales
es la víspera
de los Andes

mi ciudad, mi muchacha

tampoco
en tus caderas
en tu piel
de linterna caída tras del muro
oropéndola ciega
en tu avispa
zumbando óxido y vicio

allá
en mi infancia para siempre perdida

Ha llegado el invierno toca
 sus vientos en tu cuello
 centellean
como filo de hacha toca
 por última, primera, única vez
 la vida

Yo vi caer
 un muerto
 a varios siglos de mí:
la barba del Virrey, tu Mustio Esposo,
sirvió de escarapela a los soldados

Escucha son los vientos los únicos
 que no te han olvidado

Yo cerraré tus ojos con un canto
 de dicha peinaré tus cabellos
 y otro rostro
 ha de alzarse para siempre
 del tuyo

Los vientos centellean en la noche: es el día

¡El yeso, el sin memoria no hay nada
para tu última máscara! sino sangre

VARIACIONES

1

Alguien se ha guardado al pie de un árbol
como si aún lloviera, se ha sentado
a verse regresar. Alguien escucha
cierta insistencia opaca, caen
las hojas, un sepultado otoño lo desvela.

Perdió una altiva muerte, siendo día
perdió una noche, un pino con estrellas,
y siendo malva el mar
bajó la frente, la perdió entre la arena.
Alguien anduvo, desde entonces, solo,
boca llena de tierra,
mano que arañas esa angosta casa.

La tormenta se acerca y nada temes
porque sólo navegas de memoria:
el invencible oleaje se vence, declinado
en puro, lento mármol que te cubre.

Alguien desclava la dormida puerta,
se levanta, se pone, se aventura
nuevamente a las aguas.
Tú lo ves, bajo el árbol sin sombra
regresar dando voces a la playa.
Tus ojos, no la lluvia, te desvelan.

El engañoso viento se ha dormido
pero no tiene ojos la tormenta: llueve
en tu memoria, ya las lluvias
de mañana nos rinden a la sombra.
Bajo el ausente alero te proteges
de un tiempo que amainó, luego apresuras
tu vida a la intemperie. No hay camino.
Sólo esta casa larga, sin paredes,
sepulta entre crepúsculos.
No hay canción ni silencio.
Sólo la tierra sola que te llena la boca.

Miras, rostro sin párpados, aquello
que no supiste ver cuando mirabas
y en inútil, helado, lento pecho
—sin frente ya— reclinabas tu desvelo.

YARAVI

Una de estas mañanas seré alguien
que pasó por el mundo hace ya tiempo.
El espejo, en mi rostro, verá un cuarto cerrado,
los años bajo el polvo, libros
abiertos en la página más cruel,
y la cama, la silla, los estantes.

Seca nostalgia, afanes en la casa callada,
columpios que pendulan sobre el patio
dando la hora inquieta, perfumada
que no ha debido nunca, que jamás ha debido.

Nostalgia de maderas en hoteles
que ceden, frentes sitiadas por el sueño,
y el verde amor entonces desprendido
de entre las flores de papel —paredes
de los cuartos donde fuimos
parecidos a la felicidad—
estrenos y promesas: nos dormimos.

¡Moho de la aventura!

Engañosas maderas cuyo aliento
empañó los retratos, silenciosas
familias junto al fuego vacío
(en vano cerramos las ventanas al invierno:

ya era dentro la nieve, su ir cayendo,
y ante la chimenea y las tazas humeantes
nosotros, ciegos
de su caer, sus alas, sus lápidas delgadas).

¡Ceniza de la costumbre, polvoriento rocío!

No consientas, tú, muchacha de franela,
sigue tejiendo en el rincón
tus venias, sonando
entre las abejas y la amable lluvia,
no consientas que me peinen
bajo el cristal morado, que mis palabras sean
el musgo donde cruje otra inútil contienda.

Pero acaso, también tú, ya sólo eres
este aroma de cedros,

la puerta que precede a su madera, aquella
que un niño empuja, cruza,
llega anciano a la calle:

la ciudad donde nadie ha vivido,
donde no vivirá nunca nadie.

VAGABUNDO EN EL SENA

A contemplar la luna bajo el puente
de Saint Michel, se tiende
como una mano de mendigo, y piensa:
"Ah, si sólo pudiera
tenderme bajo el puente de Saint Michel
ahora, y contemplar la luna".

EL SABIO

Permaneció en la ventana
durante largos, largos años, viendo
caer las hojas, la nieve, viendo caer
las hojas

y

la

nieve.

Cuando se acordó de sus hermanos

éstos ya eran un pedazo de hierba.

El durmió feliz: aquella noche

descubrió que los árboles

pierden sus hojas, que la nieve es blanca.

VASOS COMUNICANTES

Los látigos no olvidan el rumor de la sangre
y bajo los faroles, Lima de mis amores,
corre un río bermejo que no se secará.

Porque el aturdimiento tiene un boca dulce
y otra larga,

una voz que se apaga en el espejo
del día subsiguiente, y no lo sabe
(nosotros sí sabemos

el nombre del Oscuro que nos venda los ojos
y nos vende las manos).

La casa de la infancia, por ejemplo,
¿para qué se pintaron de verde las paredes,
se alfombró, se murió, se fue dichoso?

Dicen que fornicamos demasiado, que nos gusta
escribir hasta el alba y dormir como gangsters
y que somos indignos de pasar por la vida.

Ah, si dejaras a tu suave novio

como a un árbol, plantado

frente a su casa propia, de preferencia

cerca al mar; "pierde Ud. el tiempo de una manera
ingenua, señorita,

asegure con otro su vejez", y de seguro

tu padre te hablaría del amor, te hablaría

de cierta acompasada mecedora de mimbres

y tú confundirías una vez más la vida con la siesta

y aquí no pasó nada, todo sigue en su sitio

salvo, naturalmente, la memoria
de tu virginidad, la noche
que resistió hasta el alba el doble
peso del enigma.

SI MAGDALENA HUBIERA SIDO UNA LIMEÑA DECENTE

**Si Magdalena hubiera sido una limeña decente
habría convertido al corazón de Jesús
en un ciudadano útil.
Por no hablar de Fidel, Shakespeare, etc.**

**Yo sé de cierta gente
que lamenta la falta
de ecuanimidad y buen gusto de la Historia.**

HOMENAJE A FREUD

Tú dirás que en el vientre de mi esposa
aguardé nueve meses para nacer, y es cierto
que he nacido, pero luego
como que nos dejaste confundidos
hablándonos del mar desde tu tina .
de porcelana rosa, Segismundo, mi viejo.

EN TORNO A UN SYMPOSIUM

Al pie de un mal retrato de Vallejo
dirimirán mañana
cuáles secretas sogas de ahorcado
conforman nuestra red. A nosotros
que no investigamos ni el color de las aguas
antes de arrojarlos con una piedra al cuello,
esas dragas inútiles
seguirán importándonos, realmente, un carajo.

Ellos descubrirán
que nuestros versos más inofensivos
producen, además de ceguera,
una enfermedad verdosa
cuyos síntomas se advierten después de la muerte,
achacándolo
a nuestro desconocimiento de los resortes filosó-
ficos de la poesía.

"Fornicaban entre párrafo y párrafo, dirán,
y leían manuales terroristas
en lugar de aplicarse al estudio de Heidegger".

Nosotros, entretanto,
aconsejaremos a nuestros biznietos
el modo de seguir poniendo cuernos
a toda esa partida de cojudos.

LA VERDADERA HISTORIA DE HU-TSANG, EL PINTOR

Frente a la casa de Hu-Tsang, en la Colina
de los Seis Almendros, sólo crece
el furor de la batalla: llegó la primavera y todavía
no se vislumbra al vencedor.
Es una lanza negra de arcoiris
frente a la casa de Hu-Tsang.

Frente a la casa de Hu-Tsang, en la colina
florece la matanza, los hombres caen
más pronto que las hojas
y el otoño es un río de sangre,
el otoño es un río de sangre que pasa
frente a la casa de Hu-Tsang.

Hu-Tsang lo mira
todo con un manojo de pinceles ávidos,
no conoce otras flechas, se inclina
y se levanta como un árbol
su brazo. Luego bebe un amargo,
dulcísimo brebaje de ciruelos. Cuando acaba
la guerra, entre los restos
de la Colina de los Seis Almendros
no queda nada sino un lienzo blanco.

Hace ya miles de años que pasó todo esto.
Nadie se acuerda de la guerra. Existe
una colina que se llama Hu-Tsang.
Está siempre cubierta por el viento.

CHRISTIANE, RUE DE LOUVOIS,
LA LLUVIA LARGA

Soy sólo un cuerpo atado
a cierta hoguera: las horas
de Christiane, la buhardilla
donde se peina inolvidablemente
todavía.

Alguien se va en sus ojos
que vuelven, que no acaban
como las estaciones de los trenes
donde nos aguardamos en vano bajo la lluvia larga.

Yo toqué en su cintura la mirada
de un ciego que jadeaba
obediente como flor sobre el agua.

En aquel piso, rue de Louvois, menos que otro
huérfano de su sed, me habré quedado
mientras Christiane repite en su cintura
músicas de hace tiempo, cede
bajo sus pies la tierra, es dominada.

Calladamente peino la pérdida,
la rumorosa, la alta.
(Ella, la suave, se ha peinado.
Y si hubiéramos, digo,
la única noche perdurable es ésta

si hubiéramos tardado
la única noche perdurable
y escrito una minucia, es ésta,
o no haber encendido el candelabro
la única noche,
elegido otra piel, otra ceniza
perdurable
y en fin, boca de estatua
es ésta, idioma de náufragos, madera,
la única noche perdurable es ésta
que me abandona
a tientas como un cuerpo en el amanecer
y ella se peina y el espejo es aire:
la calle en que una anciana se ha mirado
llegar siendo ala, y siendo pie, marcharse).

Como un sueño que se contagia por la cercanía
de un abrazo, así la vida:
los amantes un mismo sueño sueñan,
confunden al destino, se despiertan
mortalmente dichosos, y no recuerdan nada.

Infinita caída el amor busca
un rumbo a quien asirse
para seguir cayendo. Yo demoro
tu cabeza en mi pecho, yo te cierro los ojos
sólo para que veas
este cuerpo en la hoguera,
estas palabras donde te consumes.

ESTO ERA PUES, Y NADA MAS, LA VIDA

Se levanta, como un brindis, la noche:
en su luciente copa
veo caer mi vida, las primeras estrellas.
Tú duermes sin saberlo, al otro lado del mar
y el sol del mediodía te consume.

Aquí la noche se alza, cae, se quiebra
la memoria
y descubro las calles recorridas contigo
como si caminara sobre un montón de vidrios.

¿A quién amas ahora?
¿Cantas acaso, como yo
sobre una boca que solloza?

En las veredas llueve como siempre,
los árboles dan sombra, dan ganas de vivir
bajo la lluvia.

Y es igualmente inútil decirlo que olvidarlo:
el regreso cabalga sobre un pájaro muerto.
Las temporadas en que el amor regresa
son cada vez más breves, más delgadas,
los amigos proclaman con su vida
las inconveniencias de la felicidad
y noviembre se aleja
en un vértigo lento que se parece mucho
a acostarse contigo y a la vida.

¿Qué más, sino contarte
que mi corazón humea todavía,
que no cabe en tu pecho,
que la única órbita digna de mención es la muerte?

Entrepierna pensante, tijera
y boca del paraíso, ¿qué esperabas de mí?
¿que fuera el niño ciego entre los cactus,
el lecho de ceniza
en donde te revuelcas con tu sombra?

Te escribo desde un cuarto del Hotel des Nations
a dos años exactos de nosotros.
Pronto amanecerá, ¿cómo es que se hace
para vivir cuando amanece?
Pienso que si me oyeras la boca y no la voz
me oirías, me verías
borronear estas páginas, penosamente
como quien camina sin sombra bajo el sol.

Pero es de noche, llueve, estoy sentado
y escribo, simplemente.
No otra cosa podía yo ofrecerte .
—después de tanta vida vivida vanamente—
sino este simulacro de agonía, estas líneas
en las que has regresado nuevamente a morir.

PARABOLA

Si me pegan un tiro, tú sollozas
pero yo me desangro

REGRESAR DANDO VOCES

A Georgette Vallejo

En la rue de Seine una ex-princesa tiene
su perrito bastardo y vende libros
roídos. Yo pregunto
¿era escrito tu cuerpo bajo el mío
en un libro robado por un ciego?
Aquél rasguño en el portón
de Desirée, ¿quién era, qué ocultaba
con esos modos la fugaz Teresa
que perdió un triste amante en mi memoria?

Yo preví estos versos
merodeando a la niña de las flores silvestres
pero el tiempo es el tiempo
y hay fechas condenadas a un eterno desvelo:
lo que atisbé una tarde en Varadero se cumplirá
a lo lejos, las palabras son leyes,
la niña de las flores lleva una en su destino
deshojándose, y yo en una moneda arrojada en
el Sena
resplándezo, comprendo que me aguarda
algo mucho más vasto que mis pies sobre el mundo
y desde otra niñez voy a mi encuentro.

Muy poco, mas bien nada, se nos dijo
de Manco II y de sus ojos que lloraban fuego,
hace ya cientos de años que llegaron los padres,
y pensamos que hay algo, cierto incesto
detrás de este silencio, algún señor que tiembla

en su alcancía, cierta estirpe
de mansión robada, señorío robado y colita de puerco.
Tales cosas son vanas porque el tiempo es el tiempo,
nuestros ojos perdieron el camino
bajo aquel árbol y las aguas muertas
y nuevas luces nos conducen: la moneda extraviada
será devuelta pues rejuvenece.
Desirée es otra voz, patria con gafas,
pone fecha a mi muerte sin saberlo
cuando rebana un pan, cuando recuerda:
las palabras son leyes en el tiempo.
La Nigromante ordena sus cosas en mi vida
y siempre huele a viaje,
alguien llega o se marcha de la felicidad
según se fume marihuana o llueva
sobre el Quartier Latin,
la cicatriz en mi mejilla extraña
la mano que vendrá, y alguien dispone
(¿Teresa, aquel portón, un libro muerto?)
alguien dispone entre lo imprevisible
estas palabras:
no hay otra vida que ésta y sin embargo
optamos por vivir, está probado
que no soporto a nadie, que no puedo
formar una familia, conseguir un trabajo, algún
amigo: el último tenía un monedero
dentro del pecho y gracias a ese tipo
de claudicaciones
la vida tiene un nombre, el mar
es un milagro como el amor, y escribo.
Nos hemos preguntado muchas veces para quién
y por qué, y hemos soñado
con un largo animal que daba voces, insomne
en la llanura. El sol, allí, no dormía jamás, Nayda
olfateaba las piedras de Moscú repitiendo

que éste es el socialismo y que las putas
eran una calumnia como el mercado negro: por
la noche

las calumnias gemían en los cuartos
frases de Marx por un fustán de seda
mientras tú y yo, Liera, nos huíamos
bajo la luna de los eucaliptos.

Hay alguien en mi vida
que sonríe y que sabe, que no ha nacido nunca
ni se ha muerto

sólo para acecharme, sólo por acecharte,
mi momento, mi ciega de ojos de oro,
un arcoiris negro se levanta
sobre la tierra que ha de poseerte
hasta el fin de los siglos: está escrito
con sangre que fue nuestra, hemos venido
para cortar tu cuello,
boca de piedra, corazón pintado.

Hacía mucho viento en esa casa,
los muros fueron hechos con huesos de los padres
y los padres decían cosas dulces y amargas.
Las palabras son muertos que esperaban.
Así como mañana era una flor en celo
la poesía nace de esas piedras ahora,
la mosca anunciadora de la muerte
es azul y tus ojos
no miran hacia atrás y desconocen
que el corazón es un regreso inmóvil,
un río que no sabe:

para nada
fuimos eternos en aquel verano, repasamos
en alta voz un libro blanco a solas
mientras afuera, sin nosotros, iba
a nuestro diario sucumbir, la vida.
¿Qué puedes tú saber de mi tristeza, qué

de mis viejos dioses mancillados
y de sus ojos altos como las nieves del Salqantay?
(Aquella tarde Maite dijo algo.
Yo, que pisaba ese algo, atravesé la acera
sin oírla y me fui caminando para siempre)
¿Qué puede a ti importarte mi sed,
tú que te ahogas en una lágrima,
qué pueden importarte
mis héroes descalzos y su canción, su boca?
No hemos venido para dar las gracias.
De sangre es mi mirada y de sangre mi labio
y mi palabra: nadie te ha de salvar, época honrada
por el crimen, sol negro y agua negra,
tu alegría en el día será llanto de día,
tu alegría en la noche será llanto de noche.
Hace ya cientos de años que llegaron los padres
a este cuerpo, establecieron dentro
las casas de la vida con sus pequeñas lámparas
y mis ojos perdieron el camino
bajo aquel árbol y las aguas muertas.
Nada sé desde entonces sino que me pusieron
un nombre para poder llamarme
con sus voces de sedas enterradas.
Pero yo nada escucho, señorita,
sino el sol de unos ojos
que antes de ser los tuyos se cerraron.
Hemos escrito como quien bebía
ese ron atascado entre canciones
con Thiago y con Enrique allá en La Habana,
y hacía mucho viento en aquel parque
inundado de rosas y eucaliptos, Nayda,
cuando el amor era quedarse ciego
sobre tu cuerpo, y Montevideo
tendrá siempre tus ojos, Luciana, tus destinos
y tus cosas filiales, cariñosas,

son fotos amarillas, teléfonos sonando
y cuartos y ciudades, nombres reseco, todo
yace debajo de esa negra nieve: recordemos
que hemos venido para darte muerte,
mi dueña de ojos pintados,
cuello de oro, para mirar tu sangre
hemos venido, la mosca azul lo sabe
y te conduce de regreso a la tierra.
Y pensar que pudimos quedarnos hasta nietos
en una cama vieja del Hotel des Nations,
desmenuzarnos
en un sorbo de té mientras decías: "aquel
es un castaño, ésta
es la vida, esos ausentes son nuestros cuñados".
Has sonreído oyéndome a lo lejos, mi animal
en secreto: había que llegar hasta esta puerta,
y había que llegar hasta esta puerta
para poder decir que no entraremos.
Porque no entraremos
ni el apacible invierno nos hallará sentados
junto al fuego. Héctor decía que en el tiempo nuestro
es casi un crimen contemplar el mar, será por eso
que ayer nevó en Bruselas y no hay flores
en la Bajada de Baños de Barranco: los parientes,
el reposo y los árboles poseen
un resplandor culpable
y los hermosos van hacia la muerte.
No llesves nunca
como si fuera un fardo esta alegría
de jamás detenernos.
Los que cantan, las mujeres que cantan
y los hombres que cantan y todos
los que llueven lluvia verde,
de espanto es su comida,
piedra sin labios, caminar de espanto.

Todo yace bajo esa nieve negra:

un ciego aprende
hojeando entre castaños, rue de Seine,
que ciertos animales dichosos de los cuentos
avanzan todavía a los lugares donde van a morir.

cancionario

(1967)

Algunos amigos musicalizaron las páginas que siguen, buscando convertirlas en poemas. A ellos, mi reconocimiento. Y a Eduardo Segura Gutiérrez —de cuya sensibilidad naciera el Taller de Canción Popular— mi palabra fraterna.

César Calvo

ELEGIA

El tenía los pies igual que dos caminos,
la mirada en reposo, la tristeza en silencio,
y en la frente dos alas que buscaban un sueño,
que buscaban un cuerpo, que buscaban un vuelo.

Tenía una muchacha que pudo darle hijos:
milagros en la sombra y veranos sedientos.
Y tenía dos padres a la orilla del río,
los árboles sembrados en su propio regreso.

Venía siempre andando detrás de las veredas.
Llegaba hasta nosotros como luz al desierto.
Y juntos proyectábamos arcoíris de noche,
armas que disparasen sólo flores al viento.

Se fue de pronto un día sin avisarnos nada.
Como el mar tras la ola se fue tras de su sueño.
Como el mar tras la ola se fue tras de su cuerpo.
Como el mar tras la ola se fue tras de su vuelo.

Se fue con sus poemas y se fue con su vida
y se fue con nosotros y se fue con su pecho
dejándonos a solas delante de una sombra,
delante de dos alas que buscan su recuerdo.

Pero una de estas noches ha de ser mediodía
y en la risa de todos oiremos su sueño.
En la boca de todos oiremos su canto
diciéndonos que vive, diciéndonos que ha vuelto.

YARAVI

No tengo ningún comienzo,
tuve algunos que perdí:
un pozo de oro en la noche
como el mar en un jazmín.
Su luz que brotó cantando
sólo en silencio bebí.
Nada me queda en los labios.
Ya no soy ni lo que fui.

No tengo ningún consuelo.
Si uno tuve, le mentí.
Un otoño despiadado
en todos los bosques fui:
hice caer de las ramas
sueños que no merecí,
amores inolvidables
que sin amar despedí.

Nada me queda en la vida
de todo lo que viví:
una casa sin palomas,
una ventana sin fin,
y corriendo entre los sauces
el niño que nunca fui.

No tengo ningún recuerdo.
Si algo tengo, lo perdí.

VICUÑITAY

Para qué me miras,
vicuña dormida,
vicuñitay,
si tienes los ojos
lejos de mi vida,
vicuñitay.

A un canto del lago
mi canto te abriga,
vicuñitay.
Duermes en mi pecho
y en otro suspiras,
vicuñitay.

Y cuando te duermes
tu sombra despierta,
vicuñitay:
se aleja y te deja
sin sombra en la hierba,
vicuñitay.

Y si en mí no piensas
quedarán tus ojos,
vicuñitay,
cosidos a un sueño
del que nunca vuelvas,
vicuñitay.

Para qué me miras
vicuña dormida,
si tienes los ojos
llenos de ceniza,
vicuñitay.

BALADA SIN REGRESO

Sólo para olvidarte
yo recorrí países y destinos.
Sólo para olvidarte
gasté mi sombra en todos los caminos.
Y siempre fui, con alguien, a estar solo,
amando en cuartos desaparecidos.
Desperdiocé mi juventud bebiendo
fugaces compañías, tristes vinos.

Sólo para olvidarte
yo deshojé las flores del peligro.
Sólo para olvidarte
he sido todo lo que nunca he sido.
Yo confundí al amor con los amores.
Y los amores fueron espejismos.
Y en una caravana de disfraces
atravesé desiertos infinitos.

Y todo ha sido tarde.
Y todo ha sido inútil, amor mío.
Crucé bajo los mares sin mojarme.
He vivido sin ti:
nada he vivido.

UNA FLOR PARA YUNGAY

No solamente lloro
por ti, Yungay, mi bella,
como una flor
caída,
como una flor
perdida bajo la nieve negra.

No solamente lloro
por los que en ti reían,
por los que en ti
soñaban,
por los que en ti
cantaban a la tierra ya nuestra.

Hay un temblor de tiempo y no de tierra.
Hay un temblor de cielo y no de tierra.
Todos los días pasa por los pueblos de América
y derriba las casas y los sueños.
Hay un temblor de tiempo y no de tierra.

Ya no lloro por ti, Yungay, mi bella,
porque sé que saldrás de mi ceniza.
Volverás a la luz y a las cosechas.
Volverás a mi paz y a la alegría.

Y contigo los pueblos marcharán a la vida,
construirán cantando sus casas invencibles,

construirán cantando sus sueños invencibles,
sus sueños invencibles
como el tuyo,
Yungay,
mi flor quebrada,
Yungay, mi flor dormida bajo la nieve negra...

LA DESPEDIDA

Es un muro delgado la despedida,
es un muro delgado la despedida:
así como la muerte,
así como la muerte, paloma,
se adelgaza cada día.

Qué será de tus pechos que yo subía,
qué será de tus pechos que yo subía.
Debajo de qué noche,
debajo de qué noche, paloma,
serás memoria que olvida.

Es un camino ciego la despedida,
es un camino ciego la despedida:
caminando tú mueres,
caminando tú mueres, paloma,
y yo no encuentro la vida.

Mi canto va en la noche,
luna encendida
con la luz de tu cuerpo,
con la luz de tu cuerpo
desvanecida.

CANTO A PORFIRIO VASQUEZ

La noche que te olvida, ay, no te olvida.
Tu recuerdo rebalsa mi copa oscura.
Y en el cielo la luna de tu sonrisa
es una luna llena ya de penumbra.

De silencio y ceniza, ay, de ceniza,
las guitarras no saben música alguna
pues tus manos tendidas y detenidas
en un brindis lejano se desmenuzan.
La noche que te olvida, ay, no te olvida.

Bajo el cielo callado
un cajón prisionero tocan tus manos.
Una copa vacía
beben los que bebieron de tu alegría.
Y una copla vacía dicen los labios
de quienes no te escuchan
y te escucharon.

Tu risa que cantaba
como ninguna,
en qué noche, Porfirio,
se vuelve luna.
En qué pecho, Porfirio,
se vuelven sangre
tus versos que alumbraban

mañana y tarde.
Mañana, tarde y noche,
Porfirio Vásquez,
la muerte se detiene,
la muerte se detiene para escucharte...

ESTA HISTORIA ES UNA HISTORIA

Esta historia es una historia
que ni yo mismo recuerdo.
El se llamaba Rosendo,
ella tenía ojos lentos.

Eran vecinos de calle
y yo me asomaba a verlos
pasar a distintas horas
bajo de los mismos sueños.

Pudieron haber tenido
una casa y un velero,
una canción ignorada
y dos hijos junto al fuego.

Pudieron haber vivido
azules allá en el puerto
y dibujar en la arena
países de sol; recuerdos.
Pudieron haber tenido
una casa y un velero.

Eran vecinos de calle
pero no se conocieron.
El se llamaba Rosendo.
Ella no llegó a saberlo.

Tenían un mismo rumbo
y por distintos se fueron.
Esta historia es una historia
que ni yo mismo recuerdo.

DE LA LUNA CIEGA

Palomita, entre tus labios
amarga miel he bebido,
que si me quedo te pierdo
y si me alejo te olvido.

De qué me sirve, en tu vida
haberme yo detenido,
si bajo mis pies desnudos
pasan más tristes caminos.

Palomita, señorita,
en la noche de tus trenzas
luna ciega es mi destino.

Señorita, cuando muera
diré tu nombre callando
para que en medio la noche
tiemble una estrella en mis labios.

Que sea noche de junio
o sea noche de mayo
pero que tus ojos lluevan
dentro mis ojos cerrados.

Palomita, señorita,
en la noche de tus trenzas
luna ciega es mi destino,
luna ciega es mi destino...

LAS GAVIOTAS

Mi padre tiene una gaviota blanca,
mi padre tiene una gaviota blanca.
La quiere llevar al cinema,
la quiere llevar a la playa.
Pero la gaviota no sabe volar:
la gaviota blanca se ahoga en una lágrima.

Mi padre tiene una gaviota roja,
mi padre tiene una gaviota roja.
La quiere llevar a la vida,
la quiere llevar a su alma.
Pero la gaviota no sabe volar:
la gaviota roja se ahoga en otra lágrima.

Mi padre tiene una gaviota negra,
mi padre tiene una gaviota negra.
La gaviota negra lo lleva al cinema,
la gaviota negra lo lleva a la playa,
la gaviota negra lo lleva a la vida,
la gaviota negra lo lleva a su alma.

Ah, gaviota negra:
mi padre se ha ido bajo de la tierra,
bajo de la tierra, volando
con tus negras alas.

Ah, gaviota roja,
ah, gaviota blanca:
mi padre se ha ido demasiado lejos,
demasiado lejos,
y no pudo hallarlas.

LA UNICA CANCION

Con estas manos que han tocado
todas las puertas y los años
y a las que nadie respondió.
Con estas manos que han abierto
la rosa oscura de los puertos
sin encontrar una canción.
Y que han cerrado en los espejos
los dulces ojos de los muertos
para no ver su sangre al sol.

Manos de amante y de suicida
que se enguantaron de mentiras
y acariciaron sin amor.
Con estas manos que he perdido
toco tu cuerpo como un niño
que abre entre sueños una flor.
Toco tu cuerpo como un ciego
que a medianoche mira el cielo
y sin saberlo enciende al sol.

Cual si tocara una guitarra,
toco tu cuerpo que no acaba
y eres la única canción.

CANCION DEL AGUA

Soy como el agua en la noche
que brilla pero sin luz.
El camino que me lleva
acaba, y empiezas tú.

Sin pasos marcha el camino
que se mira y no se ve.
Tu cuerpo es río tendido
que avanza al retroceder.

Río que vuelve
por no volver,
mi canto tiene razón de ser.
De paso a huella,
de rumbo a pie,
vuelvo a ser canto que nunca fue.

Si los amores eternos
mueren al amanecer,
no despierto con el día:
con la noche desperté.

Repíteme en tu cintura
canciones que ya escuché.
Toda canción es primera
cuando se escucha otra vez.

Río que vuelve
por no volver,
mi canto tiene razón de ser.
De paso a huella,
de rumbo a pie,
vuelvo a ser canto que nunca fue.
Vuelvo a jadeo sobre tu piel.
Vuelvo a ser canto que nunca fue.

EL SUEÑO

Anoche, señorita, mientras dormías,
yo soñé con un ciego que se abría el corazón.
Y de su corazón salía un pájaro dorado,
salía un pájaro negro
y volaba hacia ti.

Y al despertar, señorita, y al despertarme,
he encontrado sus plumas calientes en tu almohada,
he encontrado sus plumas calientes en mi almóhada.

YO NO CANTO POR CANTAR

Yo no canto por cantar
el canto que ayer callé,
el canto que fue quebranto,
tierra de quebranto y llanto
que para otro sembré.

Yo no canto por cantar
sino porque ayer callé.
Hoy siembro en la tierra un canto,
hoy siembro en mi vida un canto
y lo escucho florecer.

Una guitarra es la tierra.
Yo la escucho florecer.
En los surcos de sus cuerdas,
yo me escucho florecer.

Guitarra que fuiste ajena,
niña que fuiste mujer:
aunque los ríos regresen
el patrón no ha de volver.

Hoy siembro en mi tierra un canto
y lo escucho florecer.
Hoy siembro en mi vida un canto
que con todos cantaré.

PARA UN CHARANGO

Charango, viento solo
de las montañas:
como un sol perseguido -
nos acompañas.

Los señores te escuchan,
tierra callada,
y sus fusiles tiemblan
como las cañas.

No hay enemigo
que te escuche dos veces.
Canta conmigo.

En redor de una hoguera,
cuando la calma,
suenas en nuestra sangre,
cantando aguardas.

Charango guerrillero,
danos confianza
bajo la luna roja
de la emboscada.

Si soy herido
no detengas tu canto.
Canta conmigo.

RONDA PARA ROCIO

Así nació,
del fondo de una flor,
nació Rocío al sol.
Entre sueños
y entre nubes
va Rocío al sol.

Sube,
sube de nube en nube,
hacia los cielos sube
como otra nube.
Huye,
huye, Rocío, huye,
huye lejos del mundo
que se destruye.

Así subió,
del fondo de una flor
subió Rocío al sol.
Son sus años
dos peldaños
que llevan al sol.

Baja,
baja cuando este mundo

en tus manos pequeñas
sea sonaja.

Así bajó,
del fondo del amor
bajó Rocío al sol.
Y lo puso
sobre el mundo:
ella trajo al sol.

Vuelve, Rocío,
flor en el río.
Tu risa es vuelo
de mi desvelo.
Tu alma es un cielo
de caramelo.
Contigo río,
contigo vuelo,
luna en el río,
flor en el cielo.

RONDA DEL GIRASOL

Voy a contar la historia
de un girasol
que girar nunca pudo
hacia el amor.
Giramor, giraluna,
giracanción,
giracanción de cuna
mi corazón.

Duérmete, mi niño,
dentro de una flor.

Voy a contar la historia
de un girasol:
su madre fue tan pobre
que prefirió
dar a luz un perfume
y no una flor.
Voy a contar la historia
de un giranó.

Duérmete, mi niño,
dentro de una flor,
y gira en el sueño,
gira, girasol.
Gira, giraluna,
gira mi canción
y olvida esta historia
que nunca empezó.

LA ESTRELLA DE RAFAEL

Rafael vino al mundo
cabalgando una estrella,
cabalgando una estrella
desde el fondo del mar.
Y le hizo un castillo en la arena,
y le hizo un castillo con migas de pan.

Rafael todavía
no conoce la pena,
Rafael nada sabe,
Rafael sólo sueña.
Siempre sueña que vuela en su estrella
sin saber que su estrella es estrella de mar.

Hay que bajar el cielo
si Rafael despierta.
Hay que bajar el cielo
y sembrarlo en la tierra.
Que dentro de los hombres
florezcan las estrellas.
Si Rafael despierta
no deje de soñar...

Rafael vino al mundo
cabalgando una estrella,
cabalgando una estrella
desde el fondo del mar.
Y le hizo un castillo en la arena,
y le hizo un castillo con migas de pan.

ESTA LLOVIENDO DE NUEVO

Está lloviendo de nuevo.
Está lloviendo en los bosques.
Y no llueve desde el cielo
sino de los corazones.

Es Pablo Basilio Auqui,
son sus pasos en la noche.

Está lloviendo el silencio
emboscado entre las flores.
Luna de los guerrilleros,
el silencio tiene un nombre.

Es Pablo Basilio Auqui,
son sus hombres en la noche.

En todo pecho herido
brotó tu sangre.
No fuiste un combatiente
sino millares.
No fuiste un combatiente.
Fuiste el combaté.
Una lluvia de fuego
sobre los Andes.

PARA VIVIR CONTIGO

En vano degollaron tu palabra y tus flores.
En vano nos negaron tu mirada y tu huella.
Estás en las batallas y estás en los amores,
Micaela Bastidas, compañera.

Te siguieron los dioses
y los años,
te siguieron los pueblos
y sus penas.
Los ríos, las montañas,
te siguieron.
Y fueron tus soldados
las praderas.

En ti se reconfortan los vientos perseguidos.
Tú diriges el rumbo de las grandes estrellas.
Miras desde los ojos de los ciervos heridos,
Micaela Bastidas, compañera.

Para vivir contigo murieron los caminos,
los ancianos, los muertos, los palacios de piedra.
Para vivir contigo nosotros avanzamos
libres al fin cantando tu canción en la tierra,
Micaela Bastidas, compañera,
esposa del amor
y de la guerra.

DESDE EL VIENTO

Con los brazos en alto como un dios en la cumbre,
con los brazos en alto sostenías al cielo.
Sostenías al cielo frente a los invasores
hasta quedarte solo, Capitán, resistiendo.
Negándote a la muerte y hacia la muerte yendo,
cayendo hacia la vida, Capitán, y venciendo.

No caíste, Cahuide, con el viento.
Tu sendero en el aire recorreremos.
Regresamos en busca de tu cuerpo,
y no en tierra lo hallamos sino en fuego.

Con los fuegos en alto como un dios en la cumbre,
con los fuegos en alto tú sostienes al pueblo.
Tú sostienes al pueblo que sostiene tu lumbre
y es un sol invencible, Capitán, tu recuerdo.
Negándote a la vida y hacia la vida yendo,
cayendo hacia la vida, Capitán, y subiendo.

No caíste, Cahuide, con el viento.
Tu sendero en el aire recorreremos.
A las cumbres más altas ascendemos
por los claros peldaños de tu ejemplo.

CABALLERO DE LOS MARES

Por el mar libre pasa un crucero:
cruza los tiempos, rojo y guerrero.
No es un crucero.
Es el sol que arde al amanecer.

Por el mar libre navega el cielo
y el sol navega como un incendio.
No es un incendio.
Es Don Miguel.

Caballero de los Mares,
Caballero de los Sueños,
así en la guerra como en el cielo:
Don Miguel Grau, Gran Caballero.

Por el mar libre va Don Miguel.

Y el mar es libre gracias a él.

COPLAS A SANTIAGO PAISI

He caminado cantando
de Tumán a Cayaltí.
Bajo la noche, cantando
lo que del sol aprendí.
Aprendí que las canciones
crecen, Santiago Paisí,
si son cantadas por todos
crecen y no tienen fin.
Aprendí que no hay fronteras
y que la tierra es la misma
cantada por ti y por mí.

He caminado cantando
de Tumán a Cayaltí.
Bajo la noche, cantando
lo que del sol aprendí.
Lo que aprendí de tu vida
dura, Santiago Paisí.
Lo que aprendí de tus manos
francas, Santiago Paisí,
de tus manos que han regado
mi corazón como un campo
de caña dulce y de ají...

LA LUNA DEL CANTOR

Siete son los colores de su guitarra:
tocando ese arcoiris él se acompaña.
El se acompaña a solas y cuando calla
su canto es una luna que busca el agua.

Mucho más que un amigo
es un hermano.
Mucho más que un hermano
es un amigo.
Desde hace varias vidas canta conmigo.
Somos las dos orillas de un mismo río.

Como un sol en la noche es su guitarra.
Con ella entre las manos él también calla.
Y su guitarra entonces es una luna
que solamente brilla por la mañana.

Mucho más que un hermano
es un amigo.
Mucho más que un amigo
es un hermano.
Desde hace varias vidas canta conmigo.
Somos las dos orillas de un mismo río...

RONDA CALLADA

Los niños en el Cusco juegan descalzos
sobre una ronda de botellas rotas,
y crecen como escombros en los escombros,
y son hermosos, ríen, piden limosna.

Yo me encontré con uno
frente a la plaza
y fue como encontrarme
mi propia infancia.

Los niños en el Cusco cubren mi sombra
y cuando llueve ni la luz me moja.
Los niños en el Cusco son la ventana
por donde entra cantando la mañana.

Yo me encontré con uno
frente a mi alma,
y se olvidó sus ojos
entre mis lágrimas...

AMAZONA

Hace miles de lunas,
cuando el mundo era sombra,
antes que dios naciera,
cuando el mundo era sombra,
cayó un rayo del cielo
sobre un palo de rosa.

Cayó un rayo del cielo
sobre un palo de rosa,
y brotó de sus ramas
una mujer hermosa,
hace miles de lunas,
cuando el mundo era sombra.

Durante mucho tiempo,
esa mujer hermosa,
nacida de un relámpago
y de un palo de rosa,
anduvo por los bosques,
desnuda, triste y sola.

Y lloró tanto y tanto
nuestra primera novia,
y lloró tanto y tanto
buscando ser esposa,

que de su largo llanto
se formó el Amazonas...

Después, nada se sabe
de esa mujer hermosa.
Solamente se sabe
que el mundo fue una sombra
y que cayó un relámpago
sobre un palo de rosa...

LAS MANOS DE LA DANZA

Las manos de Ronaldo, palomas buenas,
vuelan sobre los campos, cantan y vuelan.
Es un cajón el aire que ellas golpean,
es un país de sueños y de madera.

Ronaldo Campos de la Colina,
cajoneador,
tus manos bailan las alegrías,
la rebelión,
las esperanzas, las agonías.
Ronaldo Campos de la Colina,
contigo vuela mi corazón.

Las manos de Ronaldo, palomas buenas,
palomas delicadas, palomas fieras,
vuelan sobre la vida, cantan y vuelan,
las manos de Ronaldo, palomas negras.

Ronaldo Campos de la Colina,
Diablo Mayor,
contigo vamos todos volando,
Angel Mayor.
Contigo vamos todos volando,
volando juntos y liberados,
contigo vamos volando al sol.

LOS OJOS DE JUAN

A Juan Velasco Alvarado,
hoy, 3 de Octubre de 1975,
con creciente adhesión y cariño.

Yo conozco sus ojos desde hace mucho tiempo.
Yo conozco sus ojos cariñosos y fieros
como dos delicados relámpagos de acero.

Pachacútec tenía idéntica mirada
cuando alzó fortalezas más altas que los cielos.
Tupa Amaro tenía también los mismos ojos
cuando eligió ser muerto antes que ser silencio.

Bolívar en la noche, con los ojos cerrados,
debajo de la sombra supo mirar más lejos,
y desde su mirada triunfante y silenciosa
regresaron cantando los guerrilleros muertos.

Leoncio Prado tenía los mismos ojos suaves.
Atusparia tenía los mismos ojos negros.
Y Mariano Melgar, el cantor y guerrero,
afila todavía sus ojos en el viento.

No han de apagarse nunca tus ojos, compañero.
En los ojos de todos han de seguir abiertos.
Han de seguir por siempre soñando, combatiendo.
No han de apagarse nunca tus ojos, compañero.

RONDA DE LOS COLORES

En el Campo de Marte
verde, verde, verde,
he visto un arbolito
verde, verde, verde,
y en una de sus ramas
verde, verde, verde,
el sol era una fruta
verde, verde, verde.

En el Campo de Marte
blanco, blanco, blanco,
he visto un niño negro
blanco, blanco, blanco,
que jugaba en el viento
blanco, blanco, blanco,
con su cometa roja
blanca, blanca, blanca.

En el Campo de Marte
rojo, rojo, rojo,
he visto un niño blanco
negro, negro, negro,
que alzaba su cometa
verde, verde, verde,
más arriba del cielo
blanco, blanco, blanco.

Vamos todos contigo,
niño, niño, niño,
por los campos del cielo
nuestro, nuestro, nuestro,
que ya no está en el cielo
niño, niño, niño,
sino que está en la tierra
nuestra, nuestra, nuestra.

para elsa, poco antes de partir

(1971)

A Miriam y Fernando Sarmiento

Porque vivo hace siglos en el aire
como
un
trapecio
vacío
yendo y viniendo
de lo que he sido a lo que no seré

Porque en el aire habito como respiración
a medianoche,
como el hálito de alguien que no vivió jamás,
como la última mirada
de un remo que prosigue, ya sin brazo, remando

Porque cruzo los días como un puñal la cara del
que huye,
como lápiz sin dueño sobre el papel en blanco

Porque escribo estas líneas no solamente con mi vida
sino con el jadeo de todos los fantasmas
que me amaron,
de todos los fantasmas que murieron y renacieron
con el rostro vuelto a una feroz desolación,
culpándome

Porque con culpa escribo, con el lento rumor
de tus ropas

cayendo en la penumbra de Ginebra, cuando aún
era tiempo
y los relojes ignoraban el peligro, sus agujas
como el abrazo de un náufrago en la dichosa
profundidad,
mi boca persiguiendo tu vientre en el silencio que
precede a los incendios
y las almohadas húmedas y los ojos que ya no veré
nunca
girando en los espejos y en la noche infinita:
ayúdame a quedarme cuando me encuentre lejos

En todo cuerpo que mis manos conduzcan
a la hoguera,
en todo cuerpo que mis manos alejen de la orilla,
tú seas el reverso de esta inútil victoria,
la única copa que yo no desdeñe después del vino
fúnebre

Nada puede aprisionar al viento sino la libertad
Nada sino la libertad podría rodearnos ahora
y hacerte comprender que estuve solo
porque la intemperie no cabía en aquel cuarto
sórdido
que tú insistías en llamar país, doce millones
de rostros
pegados a los muros de un Orden repudiable
y desleído

Ayúdame a prescindir de esos fantasmas que amo
Ayúdame a no golpear y golpear la puerta
como si ella tuviera la culpa
Ayúdame a ser la llave que abra sin cerrar
nunca nada

A mí, tu único hermano que nació sin tiempo,
ayúdame a no perderlo, por lo menos así
como quien pierde la llave con la puerta
y no puede salir ni regresar, menos que un niño
que rasguña el aire como si fuera la tapa del ataúd

Porque yo he recorrido las colinas de Francia
y he visto
en el estruendo verde, en la delicadeza desbocada
de junio
he visto un niño lejano y eternamente dormido bajo
un río de sangre

Y he cruzado el Pont Neuf con los ojos vueltos
al turbio origen del destello
—miles de argelinos fundidos para cada baranda
de piedra
—miles de vietnamitas bajo cada loseta primorosa
miran pasar, inútilmente, el Sena
Y están ahora aquí nombrándome, hilo de los
retratos
de saliva dorada colgados de los muros que
se ensanchan

Los días pasan por tu rostro como una cicatriz
oscura
Ayúdame a prescindir de esos fantasmas que amo
y que destruyo
y mis dedos te palpan con la voracidad de un ciego
en la noche
Me había olvidado de la noche
Ayúdame a tocarte ansiadamente
Me había olvidado de mi cuerpo y su noche soleada
como quien toca la puerta de una casa que se aleja
y se aleja

y tu cuerpo, este leño que sobrevive al miedo
y la ceniza

Me había olvidado de algo tan simple y verdadero
como beber un vaso de agua, levantarme en la
sombra
de los cuartos prestados, dejar correr el tiempo
todavía entre sueños y luego despertarme con la sed
en tu cuello

Me había olvidado que la vida también está hecha de
todos esos ínfimos, esos heroicos acontecimientos
que se cumplen a tientas
entre un cuerpo desnudo y otro cuerpo desnudo,
entre el cauce del río y el vaso de la boca

Anduve mucho tiempo tras los muros
demasiado lejos, buscándome
con un palito entre las ruinas, con un fósforo
que encendía en mi mano las mechas temblorosas
Y no me hallé siquiera entre los muertos

Me había olvidado de quedarme dormido
a la intemperie
sobre un pecho como sobre una llanura inacabable
donde las maravillas de cada día crecen
sin sobresaltos
y los ciegos hallan placer en extraviarse
y los amantes que se despidieron para siempre
no temen encontrarse de nuevo por primera vez

Ayúdame a no vivir
como una roca en medio del mar
• Ayúdame a no ser más el pasajero que la lluvia
desdice

sino el único suelo por donde caminen los hoteles
en donde nuestros cuerpos giraron y se hundieron,
no los pasos medrosos

sino el pie detenido al borde de la cama
a la orilla de un cuerpo que cae dentro de sí
como un abismo precipitándose hacia el pecho
del suicida,

hacia el irremediable plumaje del suicida,
no esta frente viuda, sin nadie al frente, viendo
cojear al destino como un río que ha perdido
una orilla

y avanza seco recordando el agua,
no una silla sino cualquier camino
y cualquier trote cálido en lugar de esta oreja
pegada en tierra, oyendo llegar nada

Me había olvidado de mi boca persiguiendo algo más

**Ayúdame a prescindir de los fantasmas que amo
y que destruyo**

y sin los cuales la vida sería solamente

algo más que una hermosa palabra entre las sábanas
algo más que otra boca entre los falsos sueños
y las páginas

Me había olvidado de escribir simplemente,
como quien bebe

o ama, sin que el Olimpo se me suba a la cabeza

Me había olvidado que un poema se prepara
con minuciosa alegría

como un regalo que ya nadie espera, y se moldea
con urgencia

y violencia, con irrepetible, con irremediable ternura,
como hacerle el amor a una mujer que se va a morir
mañana

Me había olvidado que te vas a morir mañana
Ayúdame a ser el caminante que no pide nada
Me había olvidado que me voy a morir mañana
que no pide nada sino un poco de camino
Me había olvidado que nunca más tendré 31 años
sino un tronco de sombra junto al fuego
Me había olvidado que nunca más tendré 18
Pero que yo no me dé cuenta
ni un padre flaco y barbudo pintando allá
en la infancia
que no husmee tu mano
ni el corazón como un delfín atado a su veloz
terciopelo

me había olvidado
el receloso animal que me habita
que nunca más repetiré en agosto estas caderas
y la miel quemada
en cuyo olor subimos uno a uno los labios,
los instantes
la inalcanzable noche de Madrid
hasta encontrarnos, hasta renacernos,
hasta exterminarnos

Y cómo canta al fin de la escalera, sobre las últimas
estrellas
otra vez, otra vez por vez primera, como una rama
tierna el fuego muerto
y oyéndolo nosotros regresamos a ver, somos los ojos
del niño que dormía bajo esa flor de nieve

Porque vivo hace siglos en el aire de un trapecio vacío
yendo y viniendo
de lo que he sido a lo que no seré

Porque muero hace siglos a la orilla
de un cuerpo hundido:

ayúdame a no olvidarte
y la pesada piedra que me amarra hacia el fondo
sea una pompa de jabón, las alas de un dulcísimo
castigo

Ayúdame a tocarte ansiadamente como quien toca
la puerta

de una casa que se aleja y se aleja
Ayúdame a ser el caminante que no pide nada
sino un poco de camino, un tronco de sombra junto
al fuego

Pero que yo no me dé cuenta, que no husmee tu mano
el receloso animal que me habita
el desolado animal que me habita en la noche
y en el día

deja abierta la puerta para que tú regreses o me vaya

Ayúdame a quedarme cuando me encuentre lejos
cuando me encuentre lejos de la memoria
que me devuelves
sin proponértelo

como quien llena un vaso de agua simple
y en el gesto de su mano extendida caben todos
los mares

Pasan todos los mares

Como los días

Pasan todos los años, las personas, las calles,
los adioses

Ayúdame a quedarme cuando yo haya pasado
cuando yo haya pasado sobre el papel en blanco
como un cuchillo por el rostro
de estos días

en' donde tú ya eres
la sonrisa que insiste cuando los labios cesan

El mar se abrirá entonces
y ha de pasar en medio
de las olas

ese
niño
indefenso

Y en su mano nosotros como el último fósforo

para terminar por el principio

(Incluimos aquí la versión grabada de la conferencia ofrecida por César Calvo, el 9 de julio de 1974, en el ciclo "El escritor ante el público" que tuvo lugar en el Instituto Italiano de Cultura de Lima).

Para comenzar de alguna manera, y no por el comienzo, confesaré que mi primer intento de libro fue escrito por varios amigos allá por el año de 1958. Juan Gonzalo Rose, Javier Dávila Durand, Germán Lequerica y César Calvo, entre otros, me regalaron esos derechos autorales con sus respectivos asientos en el pre-Parnaso. Lamentablemente, no pude gozar tan fraternos obsequios pues el poemario (incautamente titulado **Carta para el Tiempo** e inmerecidamente mencionado en el Primer Concurso Hispanoamericano de la Casa de las Américas), el poemario, digo, no llegó a publicarse jamás. Y no llegó a publicarse jamás debido, entre otras razones, a que uno de sus autores sucumbió a la espléndida iniciativa de quemar los originales. Debo decir que los quemé también en mi memoria. Hoy sólo recuerdo brumosos perfiles y no versos; una temperatura sedosa o arisca o fatua; un aliento de cortinas y de infancia, y acaso si los nombres de los personajes, de los queridos reinos que atravesaban sus páginas, que subieron por ellas y bajaron como por la escalera quebrantada del vecindario limeño que me aprendió a vivir.

Entre aquellos poemas incendiados habían también cantos que anhelaban ser políticos, porque en ese entonces todós los visitantes, todos los habitantes de este mundo tenían diecinueve años dentro del corazón, dentro del mío; y ustedes, por ejemplo, eran altos y pálidos y hermosos en mi memoria o en mi

desconocimiento; y yo me negaba a recién-salir de una adolescencia alborotada, prefería confundirla y confundirme con mis propias hambres de escribir y existir, y me era otoñal, me era gélido, me era muy difícil aceptar los distinguos entre rebeldía y delincuencia, entre amor y cuerpo en llamas, entre palabra confiada y balbuceo altisonoro-escrito (equivocos que, por lo demás, suelen seducirme hasta la fecha). Llevaba ya tres años en la Universidad de San Marcos y dos en el Frente Estudiantil Revolucionario. Más deseoso de agradar escribiendo arengas que de trabajar rastreando poemas, me gané el tiempo de puro perderlo: rondaba a las cachimbas melancólicas y recitaba en las aulas y en los mítines, esquivando las expresiones crítico-lacrimógenas de la Guardia de Asalto, cuando no respondiendo con palos a los discutibles criterios estéticos de la matonería del Apra.

En 1960, paralelamente a mi furtiva participación en un frustrado grupo de guerrilla urbana que organizaron varios compañeros, varios amigos igualmente imantados por la heroica experiencia de Fidel Castro, escribí mi primer cuaderno creo que verdadero: **Poemas bajo tierra**. Esos versos compartieron con los cánticos de **El viaje** de Javier Heraud, el primer premio en el concurso "El poeta joven del Perú", llevado a cabo por el incurable empeño del poeta Marco Antonio Corcuera. A fin de adelantar algunas excusas surrealistas de mi arte poética y mi vida, debo declarar que me fue más problemático cobrar el premio que escribir el libro premiado. El asunto fue así: con Mario Razzeto, también distinguido, como se dice, en aquel concurso, partí un atardecer rumbo a Trujillo, donde nos esperaba Javier para recibir los galardones, así también se dice, y más que nada para recibir los cheques correspondientes. Pues bien. No llegamos a tiempo a raíz de un lamentable error de la policía política de Prado, la cual —confundiendo a Mario Razzeto conmigo, y

a mí con Mario Razzeto, ambos entonces con orden de captura—, nos apresó a la altura del río Chillón (río de nombre muy apropiado) y nos devolvió amablemente a Lima, a uno de los sótanos de Radiopatrulla de la Guardia Civil, en La Victoria (barrio de nombre igualmente apropiado). Para recuperar nuestra libertad, y siguiendo los ordenamientos parasicológicos descubiertos por Dadá ha mucho tiempo, Mario Razzeto y yo no tuvimos más remedio que falsear y/o intercambiar nuestras identidades. O sea que Mario Razzeto se hizo pasar por Mario Razzeto, yo me hice pasar por César Calvo, y así —dejando atrás a un comisario confuso para siempre— pudimos cosechar, como se dice, algunos ralos aplausos trujillanos al día siguiente de la entrega de premios.

Pero sospecho, con terror, que no estoy aquí para hablar de esas cosas sino de otras peores, si cabe. Intentaré intentarlo. Al parecer, se trata de exponer cómo escribo. Y por qué. Y para qué. Diré de antemano que me lo he planteado varias veces y que nunca he conseguido sonsacarme una misma respuesta. En un primer momento (y eso que no existen los primeros momentos), llegué incluso a declarar que yo no era poeta, que yo escribía únicamente para demostrar que la poesía no era privilegio de los poetas. Cuando lo hube demostrado (por lo menos a mí), dejé de creer en ese anzuelo para cocineras trágicas, no sin antes haber fatigado unas cuartillas que todavía andan por ahí engrosando ciertas antologías de poesía revolucionaria. Era la hora de las manifestaciones obrero-estudiantiles contra la dictadura de Odría, contra la dictablanda de Prado, hora de reuniones clandestinas en la Juventud Comunista. Luego, en 1961, Javier Heraud y yo quisimos escribir juntos un libro, un **Ensayo a dos voces**. Sólo conseguimos trabajar el poema inicial. Era la hora de la fraternidad absoluta, devoradora de tardes y caminatas insaciables. La hora de la generosidad abso-

luta y compartida. Aceptábamos el poetizar únicamente como resultado de un asombro común, colectivo en su origen —en sus garfios oscuros— y colectivo en su finalidad, en su búsqueda, en su abordaje y sus revelaciones.

Después, poco después, me ocupó totalmente la certeza de que sólo podía escribir sobre un cuerpo sediento, encimado al relámpago perpetuo de que habla Manuel Scorza, amarrado al jadeo como a la única hoguera que podría salvarnos o —para repetirme— escribir como quien galopa por una playa infinita, desnudo y bañado en sangre, dando gritos de goce y de victoria... Así abrasé (con c y con s, de brasa y de abrazo), así abracé los versos de **Ausencias y retardos**, editados en 1963.

Después hice canciones. Aquí, por ejemplo, pierdo nombres, armarios cálidos, pierdo cosas que me ocurrieron con tan breves, con tan eternos hermanos. Estoy pensando en Samuel Agama, en Arturo Corcuera, en César Franco, en Reynaldo Naranjo, en 1958, 59, 60 y más. Mucho más. Y al mismo tiempo quisiera no recordar nada, porque uno disfraza, uno se disfraza al volver hacia atrás los ojos, se pone los gestos en la nuca, el cabello en la cara, no se ve nada. O ve lo que quisiera haber visto, lo que quisiera haber vivido... Bueno... Dije que hice canciones. Y debí decir que hice **otras** canciones. Canciones a mi padre, a mi primera casa, a los amores eternos cada vez más fugaces, a las plazas de pequeñas ciudades, a los invencibles hermanos de Cuba, a los puentes insomnes, a los compañeros que combatían desde el MIR y desde el Ejército de Liberación Nacional. Algunos de esos cantos fueron grabados con Carlos Hayre y Reynaldo Naranjo en un disco que ya no recuerdo. Otros los recogió Chabuca Granda y Luis Gonzales. Otros se perdieron así nomás. Y otros adquirieron vanidad de poema, se divorciaron de sus lentas músicas y fueron a parar a

un nuevo intento de libro, **El cetro de los jóvenes**, publicado en la Colección Premio de la Casa de las Américas, en 1966. Era la hora del antifaz y el peligro, la hora del infructuoso, del temeroso apoyo urbano que ofrecimos al movimiento guerrillero; la hora de las reuniones de etiqueta de donde salíamos a hurtadillas para poner bombas en la noche inofensiva, vanos estruendos en ciertos rincones de la im-
pasible Lima.

En resumen, ni antifaz ni peligro verdaderos. Sólo la desperdiciada posibilidad de un suicidio generoso —siempre al servicio pero nunca a tiempo— que yo busqué negándola, cambiándome de nombres en hoteles de engañosa memoria, hasta que un día desperté sin distinguir en realidad mi rostro, perdido entre máscaras como un naipe en un mazo de barajas ajenas y gastadas. Juan Pablo Chang, con otras palabras, me diría después, en París, generosamente, que fue la sogá del ahorcado la que no pudo sostener nuestro cuerpo, y que por ello aquel dudoso arrojó terminó con un palmo de narices en tierra, al pie del árbol. Palabras. Palabras puesto que él, como Javier, tuvo el coraje de hallar un árbol fuerte, una rama saciada en cuya sed morir, en un momento desesperado que nos metía los ojos hacia un callejón sin salida, y acaso era preciso colmar el abismo con nuestros cadáveres, a falta de otros puentes. Y en el fondo de todo, aquella soledad que inventa sentimientos y que inventa poemas, y en cuya compañía suelo aún descubrirme el corazón en el lugar del pómulo —así dice algo escrito—, el corazón en el lugar del pómulo, los gestos del adiós anticipándose a la mano, y un gran vacío en medio no sé si del amor o de los brazos.

Si es que no me distrae la memoria. Y es entonces que escribo. Nunca del mismo modo ni por los mismos rumbos, ni con el mismo paso ni a la sombra de una misma lámpara.

Todo lo que he dicho antes, todo lo que he sido antes, se ha juntado, tal pareciera, en una única boca. En una palabra. En una letra sola, emparentada desde hace siglos con las grandes estrellas aún no descubiertas. Siento que cada libro, cada poema, cada verso, obedece a sus propias, intransferibles leyes. Tiene su tiempo de luz, como las vendimias, y su sed de llorar, como los hombres. De allí que definir me resulte tan fácil e imposible al mismo tiempo. Pienso en Nicanor Parra y en las incansables respuestas que nos dimos una tarde, allá en lo alto de su casita en los andes chilenos, cuando nuestros hermanos del Sur vivían mediodías nocturnos y no la pesadilla de traiciones y sangre que resisten ahora, y cuando Enrique Lihn exclamó de pronto en el centro de un gran vaso de vino: ¿Para qué coño se escribe, a fin de cuentas, un poema? y aquí voy:

Se escribe un poema para sentirse el centro del mundo.

Se escribe un poema para hacer más fraternos a los hombres,

o sea para intentarlo,

o sea para que la poesía sirva para alguna cosa.

Se escribe un poema para no sentirnos el centro del mundo.

Se escribe un poema para ahuyentar a una muchacha.

Se escribe un poema para sacarle un par de libras a un amigo.

Se escribe un poema para ayudar a la Revolución.

Se escribe un poema para que los maridos nos odien mucho más.

Se escribe un poema para que el poema nos acompañe,

para no estar tan inexplicablemente solos.

Se escribe un poema para duplicar el orgasmo o al menos para ponerle un espejo delante.

Se escribe un poema para no tener tiempo de hacer
otras cosas,

como por ejemplo para no tener tiempo de sufrir.

Se escribe un poema para que nuestra tía más
querida

pueda decir a todos que tiene un sobrino que
escribe un poema.

Se escribe un poema para rascarse la barriga en
la playa,

para emborracharse en Surquillo sin que a uno lo
asalten los señores chaveteros,

para darse un descanso entre polvo y polvo,

para hablar de ello en el Instituto Italiano de Cultura,
para que a uno le consientan todo,

para que a uno no le consientan ni un comino.

Se escribe un poema para que los psiquiatras no
nos cobren,

y para que aquella rubia se sienta inmortalmente
poseída,

y para que los hermanos como Angel Avendaño no
sientan tanto frío

en las prisiones,

y para que el general Velasco lea estas líneas

y sepa que Avendaño sigue preso

por orden de una culebra disfrazada.

Y se escribe un poema para viajar a los congresos
de escritores

con todos los gastos pagados,

y para ponerle el cascabel al gato,

y para poder comer con la mano en los salones
si nos viene en gana,

y para morirse de hambre,

y también para no morirse de hambre,

y para quedar como un perfecto cojudo en todas
partes,

y para usar calzoncillos de colores sin que se nos
acuse de maricas,

y para que ciertos cadetes nos dejen a solas con
sus novias

creyendo que lo somos.

También se escribe un poema para no afeitarse
nunca,

para ir al baño sin remordimientos,

para ir al comedor sin remordimientos

para ir al dormitorio sin remordimientos,

y se escribe un poema para sentirse culpable de
todo

y con esos materiales llegar a escribir algún poema.

Y también se escribe un poema para reírse a gritos

Y para vivir también se escribe un poema.

Y para tener un pretexto para no vivir,
etcétera.

Y a propósito de etcétera:

se escribe un poema para no escribir cosas peores,

como cartas de amor, cartas financieras, facturas

por pagar, tratados de filosofía mirafloresina,

Y se escribe un poema por incapacidad,

cuando se ha fracasado como wing derecho en la
selección del colegio, cual es mi triste caso.

Y se escribe un poema para intensificar la vida,
como dice Stéfano Varese.

Y se escribe un poema, finalmente, se escribe
un poema

para que en algún lugar del mundo, mañana o

para que en algún lugar del mundo, mañana o dentro

de veinte años la pareja que está por suici-

darse alcance a leerlo, y desista, desista por

lo menos unos días, y comprenda que la vida

es siempre hermosa

a pesar de la vida... y a pesar del poema.

Pero estaba hablando, creo, de París. Y de un ami-
go. Algo de un árbol y una sogá, algo de un palmo
de narices en tierra. Precisamente en París terminé
un libro que inicié en La Habana, allá por 1968. En
realidad lo concluí —en 1970—, ya en Lima. Se llama

Pedestal para nadie, y no le gusta nada a Fito Loayza. A Leoncio Bueno, en cambio, lo apasiona. Mi vanidad se inclina hacia Leoncio, como podría esperarse. Bueno, este libro está dedicado a un gran compañero en la amistad y en la poesía: Carlos Delgado. Carlos me ayudó a corregir varias cosas, y podría decir demagógicamente, que algunos de sus aportes hicieron merecedor, a este libro, del Premio Nacional en el 71 o en el 70, por ahí. Y aquí he escrito unas líneas sobre ello, porque sino se me pierden.

Pedestal para nadie es, en verdad, mi primer libro, por cuanto en él atisbo puertas que antaño descifré a oscuras; logro mirar entre la cerradura y veo, allá delante, detrás de las maderas, colinas que resplandecen en los cuartos, veranos habitados de fuerzas y países, parejas innumerables colmadas como sueños de anticuario, toda esa forma de soñar y vivir poesía que perseguí tantos años sin saberlo. Allí, como en la vida, nunca hay un solo tema que se inicia, desarrolla y concluye, sino constelaciones, constelaciones impredecibles, que se rozan a veces para nada y a veces para siempre. Nunca una sola vida o su reflejo breve, sino infinitas brevedades, eternidades efímeras que se entrelazan aniquilándose, que se entrelazan alimentándose. El asunto son varios y es ninguno. No hay asunto: hay ritmo. No hay ritmo: hay el fantasma de un oleaje, sus cabellos en la playa, invisibles y amargos, de mármol, hechos de mármol y de memoria. Y el poema no es el reflejo de la vida. El poema es la vida.

Naturalmente, las posibilidades y el sentido de esto me nacieron después de haberlo escrito, conversando un día con José Miguel Oviedo, quien me impulsó a insistir y a insistir. Porque ahora creo, además de no creer, creo que la poesía es como el bastón de un ciego, que con ella en la mano es posible seguir el camino pero no es posible verlo... Es co-

mo si todas las personas que uno ha sido en su vida, como si todos los países, los destinos, los desatinos y los resplandores que uno ha sido en su vida, se turnaran la dirección del rumbo, y de esa gigantesca migración de oscuridades naciera la mañana como detrás de una cortina inesperada. Ahora que, digo esto, siento que uno de aquellos que ya he sido me lleva de la mano, me conduce como un ciego que conduce a otro ciego, y las aguas despiertan bajo mi pie, y sólo puedo presentir en sombra esas luces que otros han de beber y han de mirar cantando. Y aquí tal vez radique la más alta generosidad de este insondable egocentrismo que los entendidos han dado en llamar poesía. Y me viene Vallejo: ¡qué ganas de quedarse plantado en este verso!, porque no tengo la menor idea de qué es lo que ustedes quisieran escuchar de mí, y por si fuera poco, yo no sé hablar en prosa... Para salir del pozo y no del paso, tendré que apelar una vez más a la memoria.

Nací el 26 de julio (o el 24) de 1940. Cursé la primaria en la Escuela Primaria número 414 de Lima, y la secundaria en el Colegio Nacional Hipólito Unanue. Crecí en un vecindario del jirón Carabaya, entre gente inolvidable: Pluma, Manteca, Currurra, Cará'e sopa. Entre formidables muchachos, Juan Munar, Miguel Inza, la "conga" Ana, y entre hijos de zapateros remendones, gente hermosa, canillitas de mi edad y de mi pobreza, y otros amigos que me observan desde aquel entonces, parados en su orgulloso asombro. Algunos admiran el que me haya dedicado a escribir cosas, así dicen, aunque secretamente habrán de reprocharme que no haya seguido robando carros a su lado; otros me reprocharán que no trabaje en un Banco; otros, que haya perdido tiempo con la política y otros, que no me hayan durado más de tres meses las esposas... Entre ellos he crecido, pues, si es que he crecido... Vivo ahora en todas partes y en ninguna. Duermo donde me sor-

prende la noche o el deseo, pero conservo todavía aquel cuarto salobre, en el tercer piso de la cuarta cuadra del jirón Carabaya (lo paga mi hermano Guillermo, y por él he sabido que el alquiler sigue siendo casi el mismo: ochentaitantos soles al mes). No puedo dormir muchas veces bajo el mismo techo, ni en la misma ciudad, ni con el mismo cuerpo. Será porque he viajado desde temprano o, según célebre frase del extraordinario creador que es Emilio Adolfo Westphalen: **cómo será pues.** El hecho es que he podido recorrer muchas gentes en mi vida; muchos países. Fui por primera vez a Europa, representando al Ejército de Liberación Nacional a un Congreso de Juventudes en Bulgaria. Las ciudades que más me han conmovido son Praga, Río de Janeiro, Cusco y París. Odio Lima. Volveré al Cusco pronto, cuando Avendaño esté libre y los gusanos se hallen lejos. Soy el segundo de cuatro hermanos. Mi padre era pintor, y era también mi hermano. Los demás son: Graciela (que además es mi madre), y después viene Helwa, y Nanya, y Guillermo. No me gustan las drogas ni el alcohol (quiero decir que puedo prescindir de ellos). De cualquier casa, siento verdadera pasión por la cama, el escritorio y la cocina (quiero decir que entre cocinar, escribir poemas y hacer el amor, yo encuentro más parecidos que desemejanzas).

Amo a este país, y creo que lo amaría igual si hubiera nacido en otro, así como amo tantos países que sólo he conocido desde un avión en vuelo. Creo, sin embargo, como Guillermo Thorndike, que el mundo es una mierda. No el mundo que estamos construyendo, naturalmente, sino la podredumbre que heredamos, esa amarga fanfarria de transistores, automóviles y etcéteras; esa máscara de feriante, ese biombo de prostíbulo que sólo puede encadilar a los ingenuos al grado de ocultarles el mundo de injusticias y barbarie, el mundo de hipocresía y de terror, el mundo de niños envejecidos y de bombas

atómicas, el mundo de mierda que ya estamos devolviendo a su lugar de origen.

Creo firmemente en la amistad y en el amor. Los desencantos me llegan, ni siquiera me llegan: sigo creyendo igual. Creo en la amistad, en el amor, en la igualdad de los hombres, en el psicoanálisis de Max Hernández, en nuestro padre Freud, en nuestro abuelo Marx, y en todo lo que no creen, por ejemplo, los fascistas. Creo firmemente en el advenimiento de un mundo justo y digno, sin explotadores, sin hambre, sin penumbras. Un mundo donde se enseñe, como dice Pablo Vitali, donde se enseñe a nuestros hijos que es más importante tener un amigo y no un televisor, tener una conciencia limpia y no un automóvil último modelo. Donde se enseñe que las cosas son verdaderamente nuestras solamente cuando son compartidas, sólo cuando no han nacido de las hambres ajenas, de las penurias ajenas, sino de las mutuas alegrías y los empeños generosos. Y creo que ese mundo lo haremos ahora, y lo haremos con armas invencibles, escribiendo y amando, y cantando. Y lo haremos aquí, en esta tierra dura, y no en algún sedoso paraíso celestial (tan peligroso, a estas alturas de la ciencia, tan colmado de asteroides en vez de ángeles). Mis primeros versos, por ejemplo, no eran míos. Por eso creo firmemente en la poesía. Mis primeros versos los escribí a los doce años y eran plagios de José María Eguren. Poco después de descubrir a Eguren y a Vallejo (cuyos libros me fueron obsequiados por mi madre, quien tuvo que ayunar para comprarlos), poco después, digo, tuve que echar por la borda una magnífica carrera de plagiarío, por culpa de mi abuelo. Fue la tarde en que descubrí su cabeza, blanca, sobre la almohada consagrada a sus siestas de verano. Me dio una pena horrenda verlo así, canoso, abandonado al sueño, indefenso, supongo que ante el tiempo, y me fui a esconder en la azotea conteniendo las lágrimas. Allí, aver-

gonzado y solo, contemplando un paisaje de techos ruinosos, escribí a mi abuelo una larga carta pidiéndole que no envejezca, ¡y vaya a saberse por qué tuve que redactar aquella carta en verso!

Creo que así comenzó todo.

Desde aquella tarde, vengo haciendo todo lo imposible para no ser poeta. Y, francamente, no sé qué más decir. Les ruego me disculpen.

BIBLIOGRAFIA

CESAR CALVO

Poemas bajo tierra. Lima, Ediciones "Cuadernos Trimestrales de Poesía", 1961.

Ausencias y retardos. Lima, Ediciones de La Rama Florida, 1963.

Ardiente sombra; homenaje a Javier Heraud: César Calvo, Antonio Cisneros, Arturo Corcuera, Carlos Henderson, Juan Ojeda. [Lima], Centro Federado de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, [1967].

El cetro de los jóvenes. La Habana, Ediciones Casa de la Américas, 1967.

Ensayo a dos voces. (Escrito con Javier Heraud). Lima, Ediciones Cúyac, 1967.

Poemas y canciones. (Disco long play, grabado con Reynaldo Naranjo y Carlos Hayre). Lima, Ediciones El Río, 1967. 2a. ed.; presentación de Alejandro Romualdo. Lima, FTA, 1969. 3a. ed.; presentación de A.R. Lima, DICAP, 1974.

Poemas de César Calvo y Pablo Vitali. [Lima], Ediciones Javier Heraud, [1972].

SOBRE CESAR CALVO

- CARRILLO, Francisco. *Antología de la poesía peruana joven*. Lima, Ediciones de La Rama Florida & de la Biblioteca Universitaria, 1965.
- ESCOBAR, Alberto. *Antología de la poesía peruana*. Prólogo, selección y notas de... Lima, Ediciones Mundo Nuevo, [1965], pp. 202-205. 2a. ed. Lima, Ediciones Peisa, [1974], t. II (1960-1973), pp. 22-30.
- MOLINA, Alfonso. *Antología de la poesía revolucionaria del Perú*. Prólogo: Mensaje de Marcos Ana. [Lima, Industrial Gráfica], 1964.
- NUÑEZ, Estuardo. *La literatura peruana en el siglo XX (1900-1965)*. México, Editorial Pormaca, 1965.
- ORRILLO, Wiston: "El cetro de los jóvenes". En: *Letras*; órgano de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima. Año XXXIX. Nos. 78-79. 1er. y 2do. semestres de 1967, pp. 255-257.
- : "César Calvo. Premio Nacional de Poesía". En: *Oiga*; semanario de actualidades. Lima. Año XI. N° 458. Enero de 1972, pp. 37-38.
- : "Calvo-Vitali: poemas a dos voces". En: *Expresso*. Lima, mayo 28 de 1972, p. 21.
- ORTEGA, Julio. *Imagen de la literatura actual: 1968*. Lima, Editorial Universitaria, 1968. 3 t. Cf. t. III.
- OVIEDO, José Miguel: "Calvo, amor como ausencia". En: *Suplemento Dominical de "El Comercio"*. Lima, abril 7 de 1963, p. 4.
- PORTUGAL, Ana María: "Los poetas también cantan". En: *Correo*. Lima, diciembre 11 de 1967, p. 4.
- SANCHEZ, Luis Alberto. *La literatura peruana; derrotero para una historia cultural del Perú*. [3a. ed.] Lima, Ediciones de Ediventas, 1965-1966. 5 t. Cf. t. V.
- S[ANCHEZ] L[EON], A[belardo]: "Calvo contra Calvo". En: *Oiga*. Octubre 22 de 1971, pp. 32 y 34.
- TAMAYO VARGAS, Augusto. *Literatura peruana*. Lima, José Godard Editor, [1965], 2 t. Cf. t. II.

INDICE

	Pág.
Prólogo	7
Poemas bajo tierra	21
Aquél bello pariente de los pájaros	25
La fuente	27
Venid a ver el cuarto del poeta	28
Todos mis sufrimientos	30
A la intemperie estoy	31
Un sauce con regalos	32
Pudiera ser verdad que no estoy solo	33
Amada transeúnte	34
Sábado	35
Dan las campanas tu recuerdo en punto	36
En la luz del otoño	37
Tal vez tarde me vino esta temprana	38
Es bueno ser feliz, sin olvidarnos que no podemos serlo	39
Hoy me he puesto a escribir	40
Hoy hemos almorzado de memoria	41
Qué saliva porfiada la del tiempo	42
Mi padre llegó ayer	43
Desde quién sabe ya cuántas desgracias	44

Saliendo a recibirnos desde el tiempo	46
Onomástico	47
Y de nuevo otra vez siempre Evelina	48
Proclama	49
Mi infancia fue una mano	51
Absolución	53
Casi ausente	54
El día	55
Lápida	56
Ensayo a dos voces	57
I	63
II	64
III	65
IV	66
V	67
Ausencias y retardos	69
1.—Nocturno de Vermont	71
2.—Ausencias y retardos	75
I	79
II	80
III	82
IV	85
V	87
VI	88
El último poema de Volcek Kalsaretz	91
Viejo tiempo nacido bajo el cielo	97
Luisa Piekaretz, niña, incinerada	99
Canción	100

Disco rayado	101
A la orilla del Drawa, alguna vez	102
A Droshka, después de nunca	104
Palabras para un ciego	106
El retorno	107
 El cetro de los jóvenes	 109
La puerta	113
Eglógica	114
Los huéspedes	117
El cetro de los jóvenes	119
Oración de la víspera	123
Preguntas y penumbras	124
Voces	126
Diario de campaña	128
Igual que una guitarra	132
La luna diurna, el habla, las compuertas	134
El recuerdo	137
El derrumbe	139
Elogio de la furia	145
Sábado de gloria	149
 Pedestal para nadie	 153
Círculo	163
Reloj de arena	164
Edipo ciego	166
Pedestal para nadie	167
Fábula	168
Resonancia	169

Dos muertes, una sola	170
La huída a Egipto	171
Bocas, manzanas, mares	172
Ojo de estatua	173
Muy poca frente para tres coronas	174
Naturaleza muerta	175
Ella, la muy señora	176
Detenimiento	177
Insomnio	178
Un cuerpo a solas es un cuerpo que huye	180
En el centro del cuarto, gentilmente	181
Cada día es un pozo, en el fondo de algo	182
Un cuarto bajo el mar, aquellas cosas	183
Los utensilios propicios	184
Espejo en una cueva	185
Tras esa voz no hay nadie	186
Palabras a la muerte	187
Ante un retrato	188
Hora para el abuelo	189
En Praga, hace unos años	191
Vals trenzado	193
Variaciones	199
Yaraví	201
Vagabundo en el Sena	203
El sabio	204
Vasos comunicantes	205
Si Magdalena hubiera sido una limeña decente	207
Homenaje a Freud	208

En torno a un symposium	209
La verdadera historia de Hu-Tsang, el pintor	210
Christianne, rue de Louvois, la lluvia larga	211
Esto era pues, y nada más, la vida	213
Parábola	215
Regresar dando voces	216
 Cancionario	 223
Elegía	227
Yaraví	228
Vicuñitay	229
Balada sin regreso	231
Una flor para Yungay	232
La despedida	234
Canto a Porfirio Vásquez	235
Esta historia es una historia	237
De la luna ciega	239
Las gaviotas	240
La única canción	242
Canción del agua	243
El sueño	245
Yo no canto por cantar	246
Para un charango	247
Ronda para Rocío	248
Ronda del girasol	250
La estrella de Rafael	251
Está lloviendo de nuevo	252
Para vivir contigo	253

Desde el viento	254
Caballero de los mares	255
Coplas a Santiago Paisí	256
La luna del cantor	257
Ronda callada	258
Amazona	259
Las manos de la danza	261
Los ojos de Juan	262
Ronda de los colores	263
Para Elsa, poco antes de partir	265
Para terminar por el principio	277

8.69.56

C.8.2

"Pedestal para nadie", se terminó de imprimir, en el mes de diciembre de 1975, en los talleres de INDUSTRIALgráfica S.A., Chavín 45, Lima 5. La edición constó de dos mil ejemplares.

INDUSTRIALgráfica S.A.
Chavín 45
Lima 5

César Calvo (Iquitos, 1940), poeta y periodista, miembro de la generación del 60, compartió con Javier Heraud el primer premio del 1er. Concurso "El poeta joven del Perú" con *Poemas bajo tierra* (1960). En 1966 obtuvo una mención honrosa con *El cetro de los jóvenes*, en el Premio Casa de las Américas. Con *Pedestal para nadie* mereció en 1970 el Premio Nacional de Fomento a la Cultura. Como periodista, ha integrado los equipos editoriales de *Expreso*, *El Comercio* y *Correo*. Actualmente es Director de la Filial del Instituto Nacional de Cultura en Iquitos.

Alberto Escobar señala la fluidez musical y rítmica así como la plasticidad exaltada como valores presupuestos en el arte de la composición y el estilo de Calvo. Y advierte tres frases claramente discernibles en su trabajo poético: una "regida por un afán expresivo que se define en una estética de sensualidad y trascendencia, y que oscila permanentemente de la nostalgia a la historia social, llegando incluso a fusionarlas"; otra, en la que "el canto de lo memorable aparece, por la vía dialógica, como recusación del sistema, y lo ensaya a través del desvelamiento de las marcas que el vivir sobresaltado y sin sentido acumula en los secretos del discurrir personal y colectivo". Y una última "que retorna a los orígenes históricos del género y proclama bellamente el destino de la poesía: acción plural en la recreación voluntaria de los límites que corroen la humanidad del hombre y sus proyectos".

instituto nacional de cultura
EDITORIAL